LOS HOMBRES de la historia

1

la Historia Universal
a través de
sus protagonistas

Centro Editor de
América Latina

Freud

Elvio Fachinelli

LOS HOMBRES de la historia

1

Sigmund Freud nació en Freiberg en 1856 y murió en Londres, donde se había refugiado del nazismo antisemita, en el año 1939.
Creció en un sociedad victoriana, cerrada, segura de sí, opresiva para todo espíritu anticonformista, y poco antes de morir tuvo el triste privilegio de ver confirmada su teoría sobre el "retorno a lo orgánico", la tendencia a la destrucción que sufre la humanidad.
De allí la importancia de conocer su vida y la de su época para llegar a comprender su teoría y sus conclusiones. En muy pocos científicos como en Freud el objeto de sus investigaciones se vincula de modo tan íntimo con sus experiencias y conflictos personales.

"Sólo a través de la conciliación y superación de las numerosas perplejidades, antinomias y contrastes que lo desgarraban desde su infancia, pudo construir su síntesis científica".
Tras los rasgos visibles de un perfecto burgués de la época, se libra en su interior una dramática lucha que al fin lo llevará al triunfo.
Y la lucha no es sólo contra el rechazo de sus contemporáneos: es también el propio orgullo del hombre el que se resiste a aceptar que su conducta esté en gran parte determinada por móviles que escapan a su conocimiento y control.
La aventura intelectual en la que se embarca Freud también lo cuestiona a él personalmente. No se trata ya de juzgar a los demás: debe autoanalizarse, sacar a luz su propio inconsciente, desnudar su irracionalidad y sus instintos.

Sólo siendo paciente de sí mismo podrá dar, sin dudas, los pasos necesarios para descubrir el origen de la conducta humana.
Fascinado por el enigma del funcionamiento de la mente, tuvo el valor de rastrear en los aspectos menos sublimes del hombre y de la inteligencia para hallar posibles soluciones.
Nuevos rumbos y muchos cambios se han producido después en este campo. Sin embargo, hay coincidencia en otorgar a Freud el extraordinario mérito de haber encontrado el método de investigación de los procesos psíquicos, hasta entonces inaccesibles, y que él mismo bautizó con el término psicoanálisis.

Esta obra ha sido publicada originalmente en Italia por Compagnia Edizioni Internazionali S.p.A. - Roma Milán.
Director responsable: Pasquale Buccomino
Director editorial: Giorgio Savorelli
Redactores: Lisa Baruffi, Mirella Bini, Ido Martelli, Michele Pacifico, Fulvio Pontrelli.

1. Freud - El siglo XX
Este es el primer fascículo del tomo
El siglo XX

Ilustraciones del fascículo Nº 1:
Snark, París: p. 3 (2); p. 25 (1); p. 26 (1, 2).
Arborio Mella, Milán: p. 3 (3); p. 13 (3); p. 20 (2).
Keystone, París: p. 3 (2); p. 13 (1).
Col. E. Freud: p. 4 (3); p. 13 (2); p. 20 (1).
Scala, Florencia: p. 6 (1).
Albertina, Viena: p. 10 (1).
Bildarch. d.Ost. Nationalbibl.: p. 13 (3); p. 20 (2).
La estela funeraria egipcia (p. 22) ha sido reproducida por cortesía de Fratelli Pozzo, ediz. d'Arte, Turín.
Tapa: Ben Shan, *Sigmund Freud* (Snark).

Traducción de Néstor Míguez

Centro Editor de América Latina
Salta 38 - Buenos Aires
Sección Ventas: Junín 981 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina
Printed in Argentine

Distribuidores en la República Argentina:
Capital: Mateo Cancellaro e hijo.
Echeverría 2469, 5º C, Buenos Aires
Interior: Distrimeco S.R.L.
Av. La Plata 2138, Buenos Aires.
Se terminó de imprimir en los talleres gráficos Indugraf S.A.
Mendoza 1523, Lanús Oeste, Bs. As.

Freud

Elvio Fachinelli

1856
El 6 de mayo nace en Freiberg, actual Priborg (Moravia), Sigmund, primogénito del matrimonio de Jakob Freud, comerciante judío en tejidos, con Amalie Nathansohn. El padre ya tiene otros dos hijos de un anterior matrimonio.

1860
Como consecuencia de la crisis económica, agravada después de la guerra austro-italiana de 1859, Jakob Freud, semiarruinado, se traslada definitivamente a Viena. Los dos hermanastros de Sigmund emigran, en cambio, a Inglaterra y se establecen en Manchester.

1865-1872
Con un año de adelanto con respecto a la norma, Sigmund entra en el Sperl-Gymnasium. En su carrera escolar es siempre el primero de la clase. En 1872 aprueba en forma brillante el examen final y decide ser médico, renunciando a los estudios jurídicos después de haber oído la lectura del ensayo *La naturaleza,* atribuido a Goethe. La Bolsa de Viena sufre un quebranto, en el cual Jakob Freud pierde su capital. Para vivir, la familia se ve obligada a recurrir a la ayuda de los parientes de la mujer.

1876
Primeras investigaciones de anatomía comparada (confirma la existencia de testículos en la anguila macho). En octubre entra al Instituto de Fisiología, dirigido por el profesor Ernst Brücke. Allí conoce a Joseph Breuer.

1877-1882
Investigaciones sobre histología del sistema nervioso en el laboratorio de Brücke.

1881
Se recibe de doctor en medicina. En adelante será casi independiente de los suyos y recibirá la ayuda de sus amigos médicos, en particular de Breuer.

1882
En abril conoce a Martha Bernays, con quien se compromete secretamente en junio. Después de una conversación con Brücke, el cual le confirma que no tiene perspectivas en el Instituto de Fisiología, decide renunciar a la investigación pura y dedicarse a la medicina práctica. A fines de julio comienza a frecuentar las secciones del hospital general de Viena.

1883
Breuer comunica a Freud el caso de Anna O., una histérica que comenzó a tratar en 1880 con el "método catártico". Freud trabaja en el laboratorio de anatomía cerebral de la clínica psiquiátrica dirigida por el profesor Meynert.

1884
Publica *La estructura de los elementos del sistema nervioso,* en la que sostiene, sobre la base de las investigaciones realizadas junto a Brücke, la tesis de la unidad morfológica y fisiológica de las células y las fibras nerviosas, adelantándose a la teoría de las neuronas de Waldeyer (1891). Comienza a estudiar las propiedades farmacológicas de la cocaína, cuyo enérgico efecto antidepresivo comprueba sobre sí mismo. Prevé la acción anestésica del alcaloide y sugiere a su amigo Königstein ensayarlo en las enfermedades oculares. Pero es otro colega, Koller, quien pocos meses más tarde comienza a "revolucionar la cirugía ocular con el uso de la cocaína". Un íntimo amigo del tiempo de Brücke, Ernst von Fleischl, abusa del nuevo fármaco con la idea de desacostumbrarse de la morfina y contrae una grave intoxicación.

1885
Primeros intentos de tratamiento hipnótico. En enero presenta al Consejo de Facultades sus antecedentes académicos —"el primer esbozo de mi biografía"— para obtener el título de *Privatdozent* en neuropatología, que se le concederá el 5 de septiembre. En junio obtiene una beca de estudio para egresados que le permite permanecer durante seis meses en un instituto extranjero. El 13 de octubre comienza a frecuentar el hospital de "La Salpêtrière" de París, en la sección de Charcot, el más ilustre neurólogo de su tiempo. Aunque prosigue sus estudios de fisiología del sistema nervioso, poco a poco se siente más y más atraído hacia la psicopatología, a causa del interés que despierta en él la concepción de la histeria de Charcot. Desde ese momento se convierte en un clínico puro.

1886
En los primeros días de abril retorna a Viena. El 25 de ese mes inaugura un consultorio, que durante mucho tiempo sólo le proporciona ingresos bastante modestos. El 13 de septiembre se casa con Martha Bernays, de quien tendrá seis hijos. En octubre presenta a la Sociedad Médica de Viena un caso de histeria masculina con hemianestesia: la recepción es fría, sobre todo por parte de su maestro Meynert, quien poco a poco lo excluye de su laboratorio. La clientela privada de Freud se compone casi exclusivamente de neuróticos, a los que cura con la electroterapia; pero pronto comprende que el efecto se basa en la sugestión. Aumentan los indicios de cocainomanía en el mundo, y Erlenmeyer acusa a Freud de haber provocado "la tercera plaga de la humanidad".

1887
En noviembre conoce a Wilhelm Fliess, otorrinolaringólogo berlinés, con quien inicia una correspondencia que durará hasta 1902. Abandona la electroterapia por la sugestión hipnótica. Publica trabajos sobre neurología.

1888
Realiza un estudio comparado de las parálisis histéricas y las orgánicas. Encuentra dificultades diversas en el tratamiento hipnótico de sus pacientes.

1889
Aplica por primera vez el método catártico de Breuer a la señora Emmy von N. En julio se traslada a Nancy para perfeccionar su técnica hipnótica con Liébault y Bernheim.

1891
Publica *Sobre la concepción de la afasia*, trabajo dedicado a Breuer en el que critica la teoría clásica de la afasia inspirándose en el enfoque funcional de Huglings Jackson. La familia se muda a la Berggasse 19, donde Freud vivirá hasta 1938.

1892
Junto con Breuer, escribe la *Comunicación preliminar sobre el mecanismo psíquico de la histeria*. Allí sostiene que la causa de la histeria no es el traumatismo psíquico, como pensaba Charcot, sino su recuerdo, cuando se lo provoca. "Los histéricos sufren sobre todo de reminiscencias." En *Un caso de curación hipnótica*, afirma que el origen de los síntomas neuróticos es la existencia de ideas antitéticas a las conscientes y de una voluntad insconsciente opuesta a la consciente.

1895
Resume el trabajo de los años precedentes en los *Estudios sobre la histeria*, escritos en colaboración con Breuer, quien sin embargo se niega a seguirlo en la concepción del origen sexual de las neurosis. Esto señala el fin de su colaboración. Frente al creciente antisemitismo, adhiere a la logia masónica hebrea B'nai B'rith.

1896
En un artículo para la "Revue Neurologique", Freud usa por primera vez el término «psicoanálisis». Después de la acogida glacial que tuvo una comunicación suya sobre la etiología sexual de la histeria dirigida a la Sociedad de Psiquiatría y Neurología de Viena, decide no volver a intervenir en reuniones médicas. El 23 de octubre muere su padre.

1897
Freud publica su último trabajo de neurología. En mayo decide escribir un libro sobre los sueños, que comenzó a analizar en 1894. En julio inicia un autoanálisis sistemático. El 15 de octubre anuncia a Fliess su descubrimiento del complejo de Edipo.

1898
Primeras desavenencias manifiestas con Fliess.

1899
Termina *La interpretación de los sueños*, que aparece en noviembre de 1899 con fecha de 1900. El libro no tiene casi ningún eco en los ambientes científicos.

1900
En agosto, último encuentro con Fliess.

1901
Viaja a Roma con su hermano Alejandro. Es "el momento decisivo de mi vida", y la primera de las siete visitas que hará a dicha ciudad. Un médico que había seguido sus lecciones universitarias, Max Kahane, habla a Wilhelm Steckel del nuevo método de curación. Steckel, que sufre una perturbación neurótica, comienza un tratamiento analítico con Freud.

1902
Por sugestión de un colega que ha "experimentado personalmente los beneficios de la terapia analítica" —probablemente Steckel— Freud comienza a reunir regularmente en la sala de espera de su estudio, una vez por semana, a sus pocos amigos y discípulos. Forman la "Sociedad Psicológica de los Miércoles", cuyos debates resume Steckel en el número dominical del "Neues Wiener Tageblatt".

1904
Freud publica la *Psicopatología de la vida cotidiana*, que ya había aparecido en un periódico tres años antes.
Viaja a Atenas. Sobre la Acrópolis tiene una experiencia psicológica insólita, que analizará treinta años después en una carta a Romain Rolland. Se entera del interés por el psicoanálisis surgido en el "Burghölzli", la famosa clínica psiquiátrica de Zurich dirigida por E. Bleuler, bajo la inspiración de su primer asistente C. G. Jung. En 1906 se iniciará entre ambos una correspondencia regular.

1907-1910
Delirios y sueños en la "Gradiva" de Jensen, primer ejemplo publicado de aplicación del método psicoanalítico a una obra de fantasía.
Comienzan las visitas a Freud: Jung, Binswanger, Abraham (1907), Ferenczi, Jones (1908), Pfister (1909), Sachs (1910), al tiempo que surgen en el extranjero las primeras sociedades psicoanalíticas.

1908
La sociedad psicoanalítica de los miércoles asume el nombre de "Sociedad Psicoanalítica de Viena".
El 26 de abril se realiza en Salzburgo la Convención de Psicología Freudiana, considerada como el primer congreso internacional de psicoanálisis.

1909
Por invitación de Stanley Hall, rector de la Clark University de Worcester, Massachusetts, viaja a los Estados Unidos junto con Jung y Ferenczi.

1910
En el II Congreso de Psicoanálisis (Nuremberg, 30-31 de marzo) se elige a Jung presidente de la Sociedad Internacional. Dimisión de Bleuler, hecha definitiva un año después. Freud publica *Un recuerdo infantil de Leonardo de Vinci*. Conoce a Gustav Mahler.

1911
Fundación del periódico "Imago", dedicado a las aplicaciones ajenas a la medicina del psicoanálisis. Ruptura con Adler.

1912
Ante los desacuerdos internos, Jones propone formar un *comité* de unos pocos analistas fieles, destinado a ocuparse del desarrollo ulterior del psicoanálisis. Forman parte de él Jones, Ferenczi, Rank, Sachs y Abraham. De hecho, el comité sólo asume sus funciones después de la guerra.

1912-1913
Escribe *Tótem y tabú*. "Después de *La interpretación de los sueños*, nunca había trabajado con tanta alegría y convicción. La recepción será la misma..."

1913
Ruptura definitiva con Jung.

1914
Frente a la guerra, Freud reacciona de inmediato con entusiasmo patriótico, que no le dura más de quince días. Pocos meses después escribe a Abraham que la impotencia y la miseria, que no parecen muy lejanas, son las cosas que más ha odiado siempre. Publica la *Introducción al narcisismo*, provocando gran desconcierto entre sus discípulos por las modificaciones a la teoría de los instintos que allí expone.

1915
De marzo a agosto escribe diez ensayos "metapsicológicos", siete de los cuales, según Jones, serán destruidos sucesivamente.

1917
Imprime la segunda parte de la *Introducción al psicoanálisis*. Durante un viaje en tren escribe *Un recuerdo infantil de "Poesía y Verdad" de Goethe.*

1919
Funda una empresa editorial privada, la *Internationaler Psychoanalytischer Verlag*. En octubre, Freud recibe el título de Profesor ordinario de la Universidad de Viena.

1920
Muerte de Toni von Freund, financiador del Verlag, y tres días después de su hija Sofía.



1



2



1. Manifestaciones nazis: "Los estudiantes alemanes marchan contra el espíritu no alemán", y queman sus libros.

2. Huyendo de Alemania, Freud llega a Francia, a la Gare de l'Est (Keystone, *París*).

3. Freud parte para Londres. Bildarchiv d. Öst. Nationalbibliothek (Arborio Mella).

Inauguración del Policlínico Psicoanalítico de Berlín. Publica *Mas allá del principio del placer*, que había comenzado en 1919.

1921

Publica *Psicología de las masas y análisis del yo*, concebida simultáneamente con *Más allá del principio del placer*. Aumenta de manera creciente la difusión de la obra y el nombre de Freud. André Gide, en representación de la NRF, solicita autorización para publicar sus escritos. Recibe la visita de André Breton, fundador del movimiento surrealista.

1922

Se realiza un Congreso en Berlín, el último que contó con la presencia de Freud.

1923

Se le manifiesta una proliferación cancerosa en el paladar y se somete a la primera de las 33 intervenciones que será necesario hacerle. En el mismo período muere Heinerle, hijo de Sofía por quien Freud sentía particular ternura. Publica *El yo y el ello*.

1924

Rank rompe con Freud.

1925

Muerte de K. Abraham.

1926

Primer encuentro con Albert Einstein. Publica *Inhibición, síntoma y angustia*.

1927

Desavenencias con Ferenczi. Publica *El futuro de una ilusión*.

1929

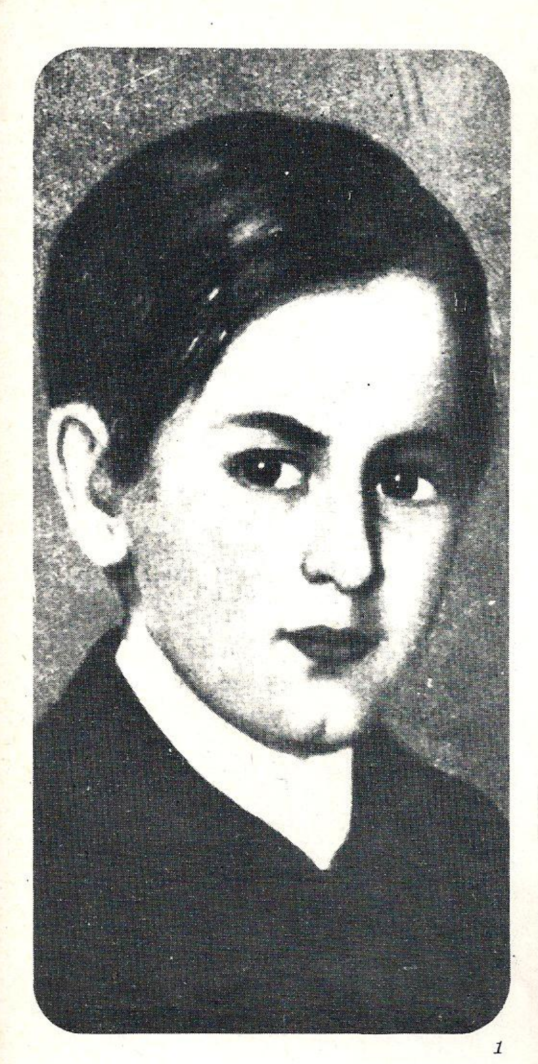
Publica *El malestar en la cultura*.

1930

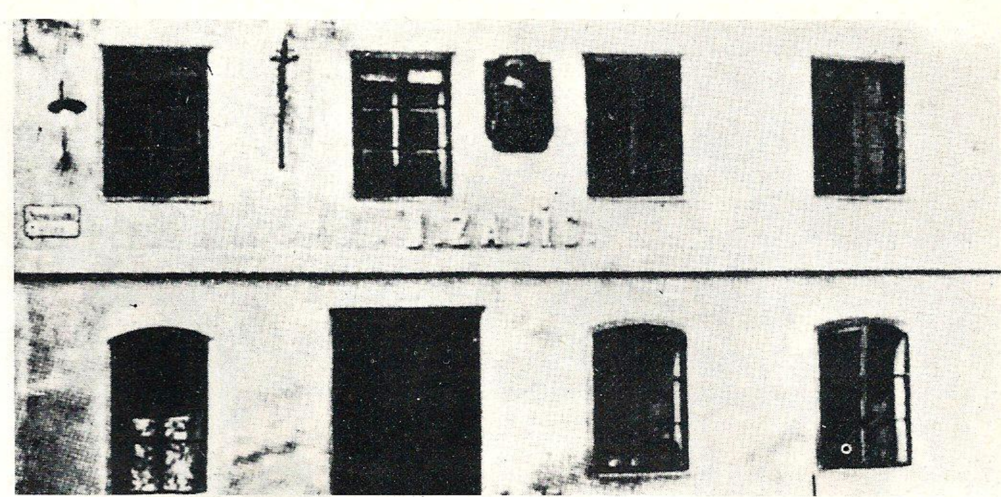
A iniciativa del poeta Alfons Paquet y del novelista Alfred Döblin, se le otorga el premio Goethe. Muerte de la madre. "Yo no podía morir mientras ella viviera; ahora, en cambio, puedo morir." Comienza el éxodo de los analistas hacia América.

1932

La situación económica de la casa editora se vuelve difícil y Freud lanza un llamado a la Asociación Psicoanalítica Internacional para que asuma la responsabilidad de la misma en el futuro. En marzo recibe la primera visita de Thomas Mann. El equilibrio psíquico de Ferenczi se va alterando de manera indudable, lo cual provoca un alejamiento personal. En respuesta a una carta de Einstein, escribe *¿Por qué la guerra?*, publicado por la Liga de las Naciones.



1



2

3

1. Freud niño.

2. La casa natal de Freud, en Freiberg (actual Priborg), en Austria.

3. Sigmund Freud a los 16 años, con su madre, Amalie Nathansohn. (Col. Ernst Freud).

4, 5. Freud mantenía con su novia, Martha Bernays, una copiosísima correspondencia. Arriba: ilustra para ella su habitación del hospital (Octubre de 1883). Abajo: la primera carta a la "dulce muchacha amada": 'Querida Martha, cómo ha cambiado mi vida...' (Junio de 1882).

1933

"La supresión sistemática de los judíos provocada por los nazis al privarlos de sus puestos apenas ha comenzado... El mundo se está convirtiendo en una inmensa prisión, cuya peor celda es Alemania." En mayo, se lleva a cabo en Berlín la quema de sus libros. "¡Qué progresos estamos haciendo! En la Edad Media me hubieran quemado a mí..." Se agrava el estado psíquico de Ferenczi, unido a una anemia perniciosa; muere en mayo.

1934

"Dados los decretos recientes, cabe preguntarse nuevamente cómo han llegado los judíos a ser lo que son y por qué han atraído sobre sí un odio tan inextinguible." Comienza a escribir *Moisés y el monoteísmo*, asunto que lo ha "perseguido toda la vida".

1937

Aparecen en "Imago" las dos primeras partes del libro.

1938

Después de la invasión de Austria por los nazis, Freud se resigna finalmente a partir. Se le concede el permiso gracias a la intervención de la diplomacia norteamericana y, al parecer, de Mussolini. Parte el 4 de junio, y pocos días después, en Londres, escribe a Eitington: "La sensación de triunfo por la liberación está vinculada demasiado íntimamente al dolor, porque siempre he amado profundamente la prisión de la cual me han hecho salir". Lo visita Salvador Dalí. En agosto aparece en Amsterdam su libro sobre Moisés.

1939

El cáncer contra el que ha luchado durante 16 años es ya inoperable. "...Mi mundo es nuevamente el de antes: una pequeña isla flotante de dolor en medio de un mar de indiferencia." Muere poco después, a la medianoche del 23 de septiembre.

Un Conquistador

El 4 de junio de 1938, a los 82 años, Sigmund Freud abandonaba definitivamente Viena por Londres. Desde hacía ya algunos años, el psicoanálisis casi había desaparecido de Europa Central. En mayo de 1933, los libros de Freud habían sido quemados en Berlín, como supremo ejemplo de cultura "hebrea", "no alemana". Freud estaba enfermo de cáncer desde hacía quince años.

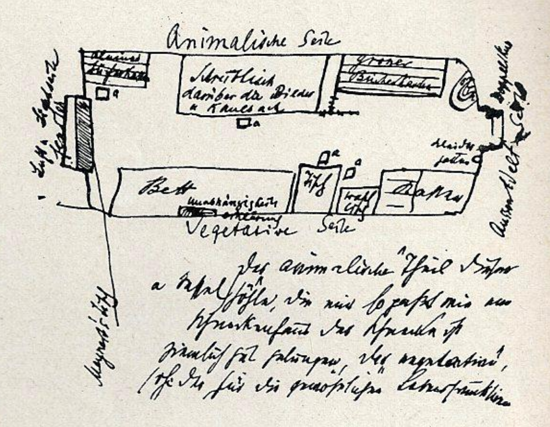
Mientras atravesaba La Mancha, durante la noche, tuvo un breve sueño que a la mañana siguiente contó a uno de sus hijos. "Soñé que desembarcaba en Pevensey." Frente al desconcierto del hijo, le explicó que en Pevensey había desembarcado Guillermo el Conquistador en 1066.

El hombre extenuado que, al llegar a Londres decía de sí mismo: "soy un viejo judío", conservaba pues, dentro de sí, el empuje del *Conquistador* ("nada menos que un "conquistador" por temperamento, un aventurero, si queréis traducir el término") que había sido durante buena parte de su vida.

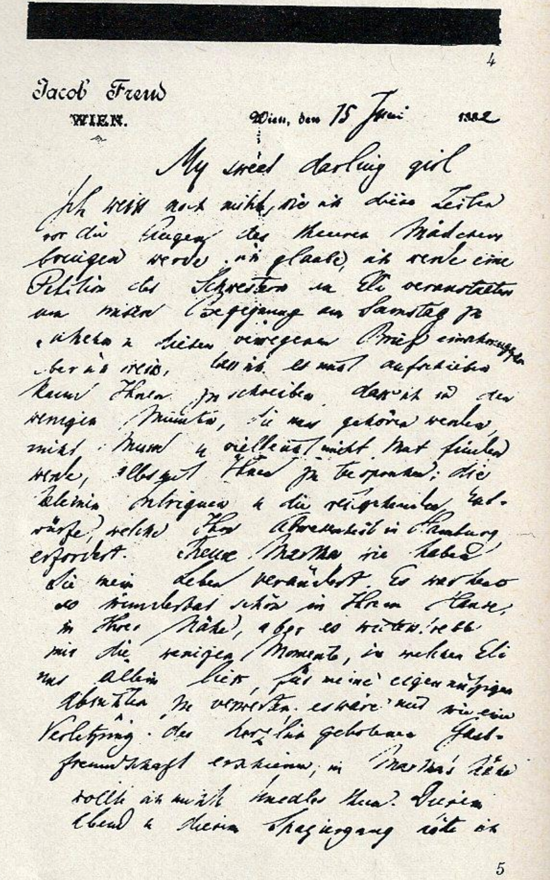
La arqueología de lo trivial

Ese empuje se había manifestado abiertamente también en otras ocasiones. En 1909, poco antes de desembarcar en Nueva York, al término del único viaje que hizo a los Estados Unidos, Freud se dirigió a Jung y le dijo de modo casi profético: "No saben... que estamos por traerles la peste". Aun antes, en 1897, quizás en el momento más crítico de las investigaciones sobre los neuróticos, cuando resultó insostenible la teoría sobre la génesis de las perturbaciones histéricas en la que había creído durante años, escribió a su amigo Fliess: "Es notable que yo no sienta vergüenza por ello, como podría suponerse. Ciertamente, no lo diré en Dan ni lo gritaré en las calles de Ascalón, en tierra de filisteos; pero entre nosotros, tengo la sensación de un triunfo más que de una derrota..." Y todavía antes —lo sabemos por *La interpretación de los sueños*— durante su melancólica infancia en Viena, había soñado con el bastón del mariscal Massena, el único judío, según se decía, entre los generales de Napoleón... Al llegar a este punto, podemos preguntar por qué reunimos datos dispersos en setenta u ochenta años de vida, y qué significa el hecho de que detrás de la imagen más conocida de Freud, apacible «intérprete» de la neurosis, aparezca la imagen del general Freud que había soñado llegar a ser cuando era niño.

En cierto sentido, la respuesta que hoy estamos en condiciones de dar a esa pregunta, así como la pregunta misma, contiene un aspecto esencial de la novedad freudiana en el mundo de la cul-

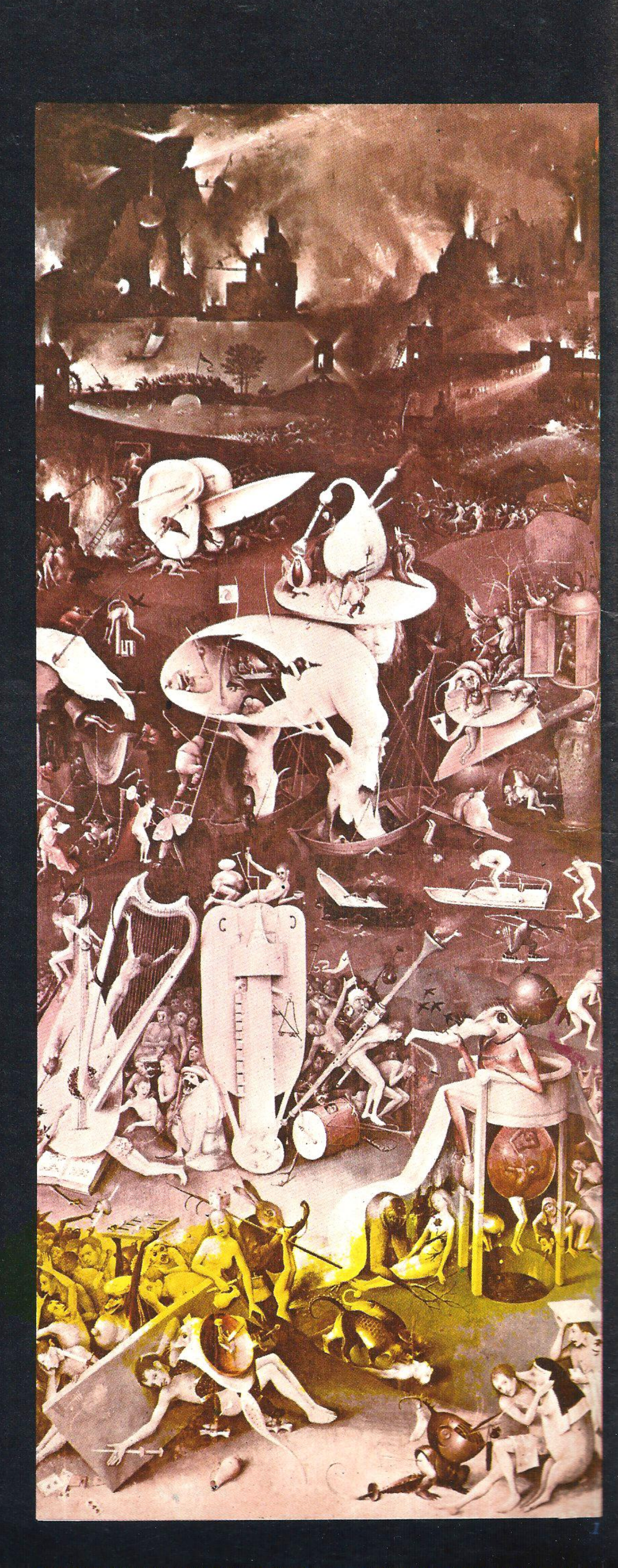


4


Jacob Freud
WIEN.
Wien, den 15 Juni 1882
My sweet darling girl

5

1. Bosch, El jardín de las delicias, *postigo derecho inferior,* El infierno musical. *Madrid, Prado.* (Scala).



En esta pintura surge la
visión de un mundo infernal lleno de
elementos simbólicos y de
transformaciones, las mismas que,
cuatro siglos después, el psicoanálisis
descubrirá en la infancia, los
sueños y los síntomas neuróticos.
El castigo infernal corresponde en
Bosch al retorno *(la regresión)*
a un mundo de violencia, que tiene los
caracteres de la llamada fase
sádico-anal descubierta por Freud en
la evolución infantil.

tura. Hallar el pasado en el presente, y viceversa, el elemento agresivo en la pasividad, y viceversa; en resumen, tomar los dos términos antitéticos de un conflicto arraigado en el hombre quizá constituya el núcleo del método psicoanalítico.

Pero no se puede comprender cabalmente ese método sino a través de las peculiaridades de Freud como persona. La relación entre el creador y su obra, en este caso es bastante similar al vínculo de paternidad carnal, por así decir, que se establece entre el escritor y su libro, entre el pintor y su cuadro, no a la relación indirecta del científico con su descubrimiento. En la construcción freudiana hay algo de irrepetible, que le confiere para siempre un carácter cultural único y que plantea la permanente dificultad de "ubicarla" de manera definitiva entre las otras ciencias. Aquello que Freud nos ha legado no es catalogable fácilmente, no entra en los esquemas habituales, aunque a menudo se apele a ellos.

Justamente por eso, no entra siquiera en las leyes de la creación artística. Freud ha buceado dentro de sí mismo, ya veremos en qué medida, literalmente inaudita, pero en una dirección que es, para hablar con franqueza, la menos "artística" en el sentido clásico, la menos sublime que se pueda concebir. Buscaba dentro de sí los rastros de lo trivial, de lo común a todos, se interrogaba acerca de sus equivocaciones, sus tics, sus sueños, casi diríamos acerca de los descuidos de la mente vigilante, de las mínimas tendencias que afloran y a las que multiseculares hábitos de idealización de nosotros mismos y del mundo nos han inducido a considerar como la escoria y el residuo muerto de nuestra infancia.

En este sentido, el único predecesor suficientemente legítimo que podemos hallarle no es un escritor ni un científico, sino un hombre cuyos libros conoció y que aparece de vez en cuando en sus escritos. Se trata de Heinrich Schliemann, el ingenuo y afortunado descubridor de la ciudad de Troya. Como Freud, Schliemann tenía fe en su propia infancia, en la promesa hecha de niño a su padre que le leía *La Ilíada*: "cuando sea grande, yo descubriré esa ciudad". Cuarenta años después, con fe absoluta en Homero, esto es, en la propia infancia, descubrió venturosamente en las marismas de la Tróade la antigua y amada ciudad. ("Mis pretensiones son sumamente modestas. No espero hallar obras maestras de las artes plásticas. El único propósito de mis excavaciones fue desde el principio hallar la antigua Troya...") Freud corrió el mismo riesgo verdaderamente *insensato* para nosotros: en un determinado momento de su vida y desde el interior de una formación cultural de las más rígidas, comenzó a confiar en los residuos prehistóricos de su infancia, en esa parte condenada de nosotros que reaparece en los sueños y las fantasías.

Un modelo victoriano

También por esa razón es difícil hablar de Freud. O quizá sería más justo decir que fue el mismo Freud quien nos enseñó a ver con claridad los límites, la inagotable generalidad de todo intento biográfico que aspira a ser *conocimiento* del individuo. En 1936, "espantado ante la amenaza" de Arnold Zweig de "convertirse en su biógrafo", le escribió unas líneas que luego se hicieron famosísimas: "Quien se convierte en biógrafo se obliga a mentir, a ocultar algo, a la hipocresía, al embellecimiento de todo y hasta a esconder la propia incomprensión, ya que no es posible poseer la verdad biográfica, y aunque se la poseyera, no se la podría utilizar. La verdad no es practicable, los hombres no la merecen..." Pasemos, sin embargo, por alto, este último acento amargo y también la curiosa contradicción de quien quiso muchas veces, sobre todo en *Un recuerdo de infancia de Leonardo de Vinci*, penetrar en el mundo personal de otro sobre la base de escasos indicios, y sobre quien debería caer entonces la condena sin apelación reservada a los biógrafos. Preguntémonos, en cambio, qué es para Freud y según él esa "verdad biográfica" difícil, si no imposible, de poseer. Si se leen sus análisis sobre escritores y artistas, o mejor aún los de sus casos clínicos, se observa que el dato psicológico (sea esto lo que fuere) parece adquirir poco a poco una consistencia y una estabilidad semejantes a las de un dato de observación experimental. Pero lo que se observa con igual evidencia es el paciente trabajo de penetración sucesiva, estrato tras estrato e información tras información, mediante el cual todo elemento descubierto, que en un comienzo tiene la dureza del metal, paulatinamente se corroe y deja transparentar una situación nueva que lo vincula con otros. Nos percatamos entonces que también en Freud la verdad es la búsqueda de la verdad; tan cierto es esto que sus observaciones sobre artistas o enfermos no han sido confirmadas, como se acostumbra a decir, sino desarrolladas, impulsadas, hasta un punto que Freud sólo entrevió, o ni siquiera entrevió. De esta naturaleza es también la "verdad biográfica" de la que hablaba en la respuesta a Zweig. No es por cierto un dato cristalizado, un dato fetiche, cualquiera sea su origen, sino el movimiento mismo de acercamiento a un hombre, en el cual se van definiendo todas sus relaciones contradictorias con lo que lo circunda y aquello que lo penetró. Probablemente, éste es también uno de los pocos modos legítimos de acercarse al fundador del

psicoanálisis y de evaluar su obra. En los últimos decenios, junto a la biografía fundamental de Jones, han aparecido contribuciones y estudios críticos aislados; pero al mismo tiempo se ha producido un gran silencio oficial, en apariencia destinado a reabsorber a Freud en su obra, para no verse obligados a ocuparse de hechos y actitudes personales que no coinciden con la imagen olímpica que se tiene de él en las diversas sociedades psicoanalíticas. Resulta evidente hasta para quien no hace profesión de psicoanálisis que esa cautela va acompañada del riesgo de disminuir la comprensión de la obra; menos evidente, quizás, es el hecho de que la misma se basa en el ascenso a la categoría de "verdad biográfica" de datos y pormenores considerados en sí mismos, aislados, y por lo tanto sujetos a una peligrosa degradación de significado que podemos llamar positivista.

Si tratamos ahora de *acercarnos* a Freud, nos parece tener frente a nosotros una superficie unitaria que va separándose, mientras afloran formas nuevas e indistintas: un rostro enigmático. Hay una parte exterior de su vida (no por ello menos *real*), un aspecto eminentemente victoriano, por así decir, que le confiere una semejanza de familia con muchos retratos de universitarios y doctos del siglo pasado. Casi se diría que repite un modelo de vida que fue el de sus maestros de anatomía y fisiología y que será también el de muchos hombres de ciencia posteriores a él, sin excluir a algunos de sus discípulos. No aludimos sólo a la laboriosidad verdaderamente incansable y al significado que ella asume como norma ética en la vida individual, sino también al estilo de vida, a la moderación casi fanática, al uso parco y esquivo de los "bienes" de la vida, cautamente evaluados por lo demás. El lema de Freud, como respuesta a quien le preguntara qué es lo que consideraba importante en la vida, era *Arbeiten und lieben* (trabajar y amar), lema que suena siempre como el epitafio de una sociedad burguesa bien ordenada y segura de sí misma, aunque en adelante sea ya claro el significado heterodoxo, si no directamente infausto, que deba atribuirse al segundo término, justamente como consecuencia de la obra de Freud.

Ese es su aspecto desteñido, convencional como la fachada gris de esa casa de Viena, en la Berggasse 19, donde lo encontró en 1921 André Breton, quien había ido a saludar al maestro espiritual de la revolución surrealista y se encontró frente a un hombre incoloro, casi apagado y conservador en cuestiones de arte y literatura.

Dickens, la infancia

Más allá de este modelo de vida, elaborado según otros modelos, nos viene al encuentro la infancia misma de Freud con un aspecto extraordinariamente ochocentesco.

Es el primogénito (después de la partida de los hermanastros para Inglaterra) de una familia judía semipobre, semiburguesa y que cifra todas sus esperanzas en él. Como estudiante, su vida es la de un muchacho que se prepara esforzadamente para una futura profesión liberal, porque ésta deberá ser la recompensa por el sacrificio de los suyos. Son los años transcurridos en una habitación "larga y angosta, separada del resto de la casa, con una ventana que daba hacia la calle". "En todos los años de colegio y universidad —cuenta Jones— el único cambio que se produjo en aquella habitación fue la progresiva aparición de anaqueles repletos de libros. Durante la adolescencia hasta cenaba en su habitación, para no perder nada del tiempo dedicado al estudio. Tenía para él una lámpara de aceite, mientras que en los otros dormitorios sólo había candelas." He aquí, en un estilo dickensiano, el núcleo *heroico* de un muchacho que sabe que sólo puede contar con la cultura para realizar mañana sus hazañas. Cincuenta años después recogeremos aún sus vibraciones en un recuerdo extrañamente indirecto y casi genérico: "El presente estaba entonces como oscurecido, y los años transcurridos desde los diez hasta los dieciocho surgían de los vericuetos de la memoria con sus intuiciones y sus errores, sus cambios dolorosos y sus éxitos estimulantes; eran las primeras miradas hacia una cultura crepuscular que, por lo menos para mí, debía convertirse luego en un insuperable consuelo en la lucha por la vida; eran los primeros contactos con las ciencias, entre las cuales se creía poder elegir aquella a la que se habrían rendido servicios inestimables. Y me parecía recordar que toda esa época estaba impregnada por la intuición de una tarea que antes sólo se había anunciado calladamente, hasta que pude darle expresión, al escribir en mi tema de la madurez, que deseaba hacer una contribución al saber humano. *Y entonces llegué a ser médico*..." La conclusión ("y entonces llegué a ser médico") suena a nuestros oídos curiosamente pedestre, prosaica, como el final de un relato bien entrelazado en el cual se nos pregunta qué más hará el protagonista, ahora que después de tantas esperanzas y desesperanzas ha llegado al refugio de una buena sistematización burguesa, como doctor casado y estimado.

El fragmento goethiano

Pero ya en la elección de la profesión médica —más allá de las ambiciones familiares previsibles que se concentran en él— había una nota insólita, casi un llamado más lejano y difuso. El "niño feliz de Freiberg", el "hijo predilecto de una madre joven", convertido en el muchacho devorador de libros del Sperl-Gymnasium, contó una vez que se sintió impulsado a los estudios de medicina por la lectura pública de un fragmento, *La naturaleza,* inspirado en Goethe, si no escrito directamente por él. "Estamos rodeados por ella y unidos a ella; no podemos salir ni penetrar en ella más a fondo... Vivimos en su seno y le somos extraños. Habla incesantemente con nosotros y no nos revela su secreto... Su corona es el amor. Solamente con el amor nos acercamos a ella. Todos los seres están separados por abismos por obra de la naturaleza, y todos quieren acercarse. Ha aislado todo para volver a unir todo. Con algunos sorbos de la copa del amor recompensa una vida llena de fatiga... se esconde tras millares de nombres y términos, pero es siempre la misma..."

Es la "esencia no indagable, absoluta, irónica", en cuya viviente divinidad reconocemos las trazas del comentario goethiano a Spinoza. Y es también, insinuada, la inquietante figura de madre o de hermana, ya angelical, ya perversa, ya tierna, ya destructora, que vaga en tantas páginas del romanticismo alemán. En el colegial indeciso sobre la elección de la ciencia a la cual ofrecer sus servicios, ella debía reanimar un eco lejano, difuso, y no pudo morir, porque la veremos surgir poco a poco, con fatiga, en el curso de los largos años dedicados al noviciado científico y humano.

Un juramento materialista

Para decirlo de manera simple: no se puede comprender el descubrimiento del psicoanálisis sino a través de la progresiva liberación de un hombre (y de su trabajo) con respecto a un mundo de normas científicas y de valores culturales que él mismo ha aceptado en el curso de su larga educación. Pero es necesario comprender con exactitud el significado de esta liberación. No hay nada de míticamente demiúrgico, en el sentido de una rígida fijación de metas, contra el rechazo consciente de otras; el drama se desarrolla, por así decir, sin voces, y el mismo protagonista parece proceder a tientas, descubriendo su propio rumbo en el acto mismo de *volver a encontrar* los signos sepultos de un camino anterior. No se trata, pues, de la contemplación de una propia imagen interior ya hecha o en preparación, sino de la interrogación abierta a cualquier sorpresa que precede y acompaña al desciframiento de una escritura desenterrada.

En este sentido, también el trayecto científico que va del casto y ferviente enamorado de una Naturaleza indefinida hasta el lucidísimo Freud de la plena madurez, pasa por una especie de lenta

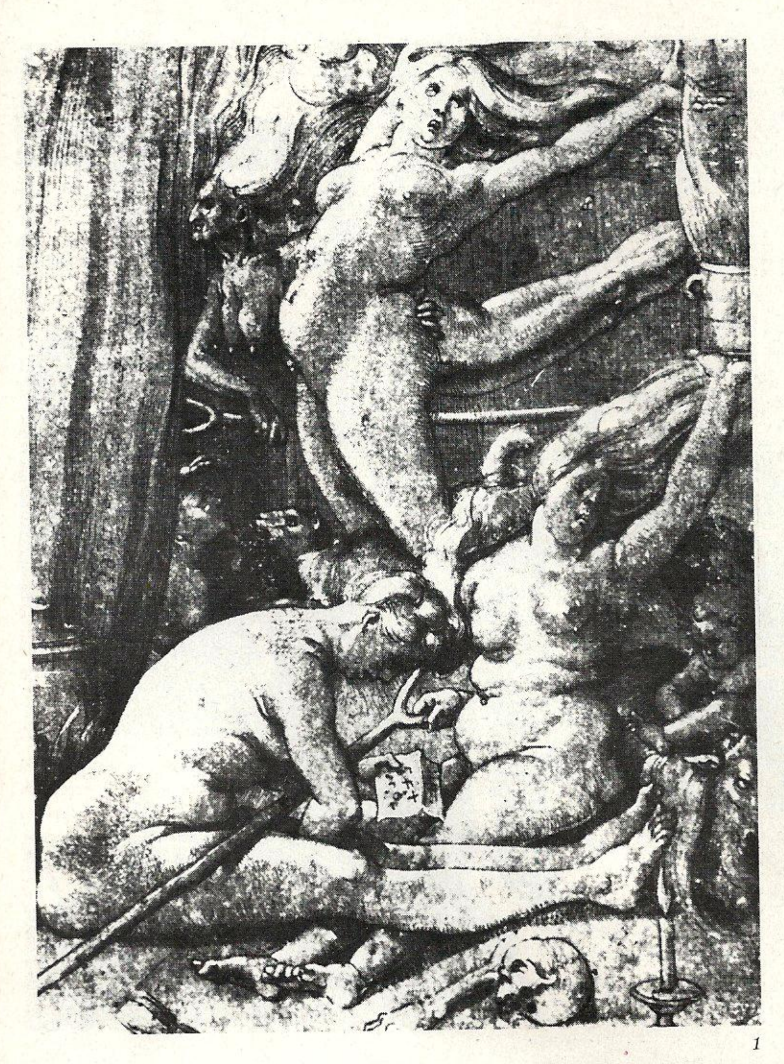
1



2

1. *Una clase de Charcot en la Salpêtrière.*

2. *Jean Martin Charcot (1825-1893).*



1



2

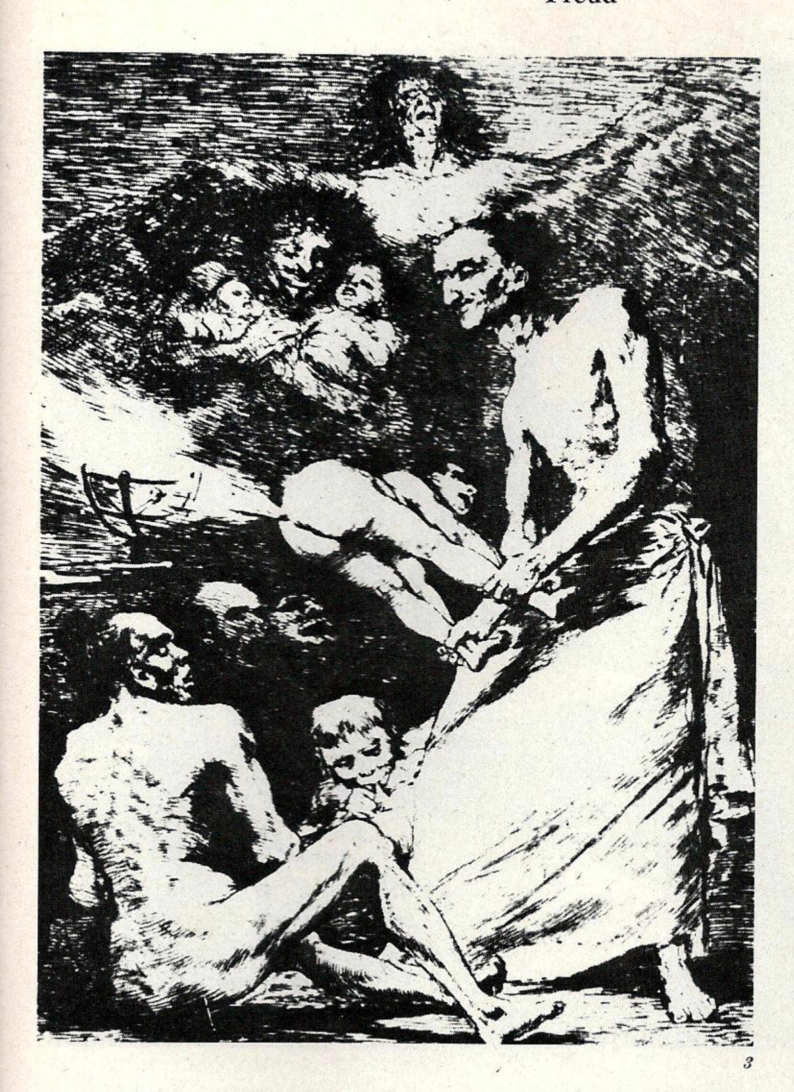
1. *Hans Baldung Grien,* La partida para el Sabat, *1514; dibujo, Viena, Albertina.*

2, 3. *Goya,* Linda Maestra *y* Sopla.

4. *Portada de* Eine Teufelneurose (Una neurosis demoníaca del siglo XVII), *de Freud, 1924.*

El interés de Freud por los procesos de brujas y los relatos de posesión diabólica no fue ocasional, sino que se vinculó directamente con la fase de investigación más intensa sobre los orígenes de las perturbaciones neuróticas (1897-98).

En enero de 1897 escribió con sorpresa a W. Fliess: "Toda mi nueva prehistoria de la histeria ya fue observada y publicada varios centenares de veces, hace siglos..." y más tarde: "He ordenado un *Malleus Maleficarum* y ahora que he dado los últimos retoques a la parálisis de los niños quiero estudiarlo minuciosamente." Asombró a Freud el hecho de que las confesiones arrancadas mediante la tortura por los tribunales medievales eran absolutamente semejantes a lo que le contaban sus pacientes a propósito de su infancia. Esto lo ayudó a superar la teoría de la seducción sexual en la génesis de las neurosis, y a destacar los aspectos de la fantasía infantil, que hasta ese momento había descuidado. De aquí provino también su interés por el análisis del folklore, en su sentido lato.



3

Eine Teufelsneurose

im siebzehnten Jahrhundert

von

Sigm. Freud

1924
Internationaler Psychoanalytischer Verlag
Leipzig / Wien / Zürich

4

realización o consumación de cada fase evolutiva.
Sus primeras comunicaciones pertenecen al período universitario y sus temas son problemas de anatomía e histología comparada. Un hecho observado muchas veces es que, después de haber elegido la medicina, Freud se alejó inmediatamente, y por muchos años, de las investigaciones clínicas, del hombre. Además, lo que asombra a quien hojea hoy esos primeros ejercicios es el esfuerzo de objetividad impersonal, que corresponde bastante bien a lo que suele considerarse como el "estilo científico", pero que parece haber perdido todo rastro de la emoción frente a la naturaleza, experimentada antaño en el fragmento goethiano.
Se diría que nos encontramos ante la acentuación escolástica de aquella actitud antivital enemiga de la *Naturphilosophie* goethiana-schellingiana, que había llegado a ser un artículo de fe, de extraordinario valor por lo demás, para la generación de fisiólogos a la cual se acercó el joven Freud.
Es el famoso "juramento" materialista de la escuela de Helmholtz. "Los organismos difieren de las entidades materiales móviles sin vida —las máquinas— en cuanto son capaces de asimilación; sin embargo, se trata en ambos casos de fenómenos del mundo físico, esto es, de sistemas de átomos animados por fuerzas, según el principio de la conservación de la energía descubierto por Robert Mayer en 1842, olvidado durante veinte años y luego divulgado por Helmholtz... Las causas reales se expresan científicamente con el nombre de "fuerzas"... reducidas a dos por el progreso del conocimiento: la atracción y la repulsión. Todo esto es válido también para el organismo humano."
Se ha insistido mucho en esta coraza materialista y mecanicista adoptada por Freud en el momento de su noviciado científico y conservada celosamente hasta sus últimos días, contra toda "tentación" espiritualista. Sin embargo, se correría el riesgo de hacer una exposición tendenciosa en su totalidad si se presentara a Freud únicamente en esta dirección, como hizo la primera crítica de origen fenomenológico. La imagen profunda de una naturaleza maternal, viva y cercana al hombre, en la que, como hemos visto, se traduce en un principio su vocación por la ciencia, coexiste siempre con la ulterior actitud intelectualista; aunque oculta, reprimida y sometida, demostrará ser invencible. Se podría hablar en este sentido de un específico *claroscuro* freudiano, ineliminable de su obra, en el cual surgen poco a poco figuras cada vez más íntimas y distantes.

1



2



3

1. El estudio de Freud en Viena (Keystone, París).

2. Freud a los 35 años. Col. Ernst Freud.

3. Casa de Freud, en la Berggasse, de Viena, Bildarchiv d. Öst. Nationalbibliothek (Arborio Mella).

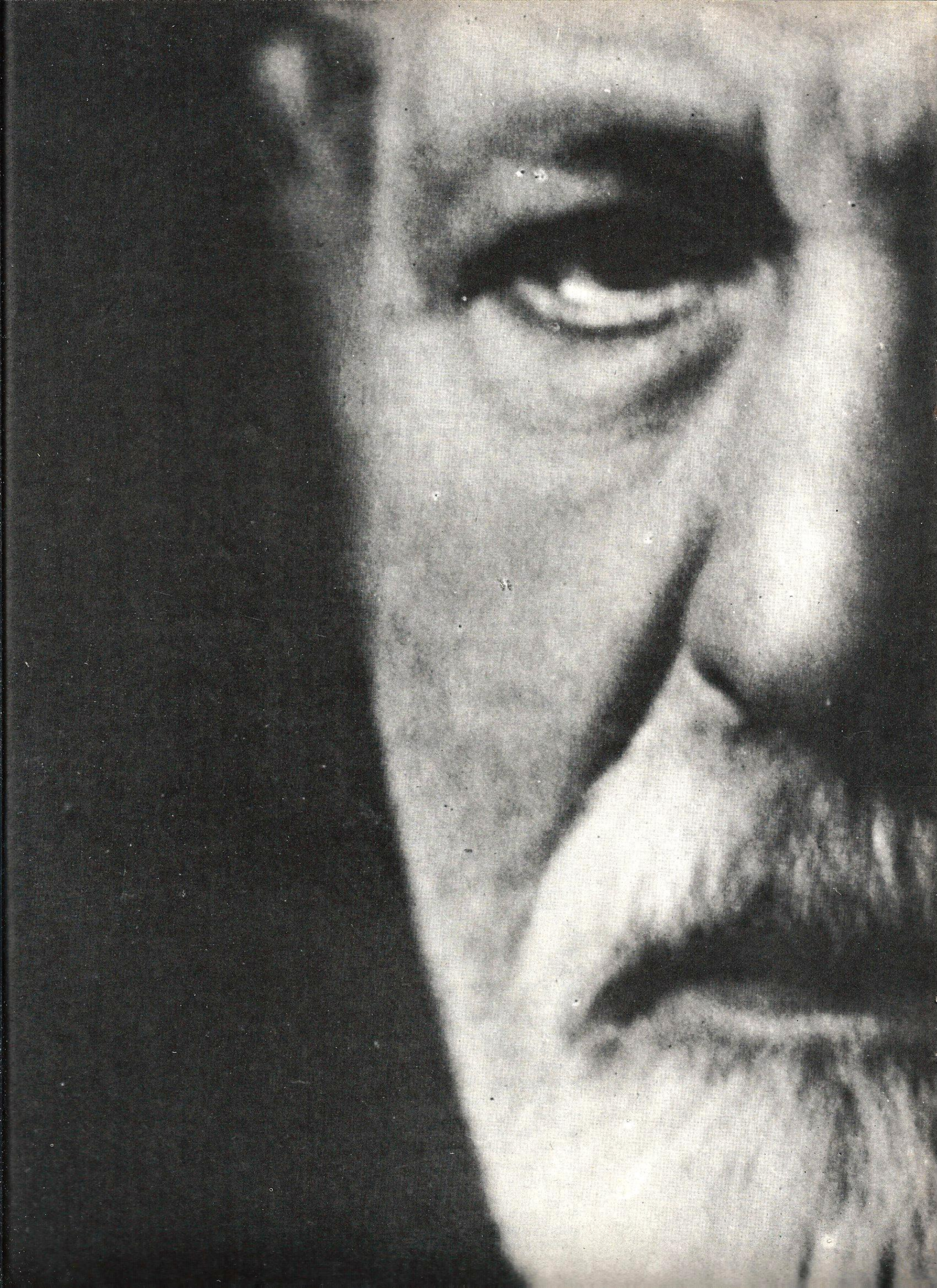
El estudiante encargado de examinar los testículos de las anguilas o la médula espinal del *Amnocoetes Petromyzon*, el joven neurólogo incansable en las observaciones al microscopio, encarnan un "trabajo del intelecto" que mata y diseca la naturaleza viviente. Pero el eco que esto encuentra en el joven anatomista es ya significativo. "Estoy por elegir mi verdadera profesión —escribe a un amigo, W. Knöpfmacher—; entre mutilar animales y torturar seres humanos me decido cada día más en favor de lo primero". No es solamente esa repugnancia frente al cuerpo, tan frecuente entre los estudiantes de medicina y que debe ser exorcizada con la mofa macabra, la broma de sala de anatomía, lo que aparece aquí bajo la forma de una paradoja. También se contempla a la ciencia como una tortura, como desmenuzamiento del cuerpo, con una inversión de posiciones, una insistencia en el aspecto penetrante, de abstracta crueldad, del acto cognoscitivo, bastante forzada y reveladora de una crisis posterior. No se explica de otro modo la escasa resonancia que tuvo en él, en 1882, la renuncia —en apariencia provocada por dificultades económicas— a la carrera de investigador en el instituto de fisiología dirigido por E. Brücke; renuncia simultánea a su decisión de aceptar, finalmente, la profesión de médico que *cuida* a sus enfermos.

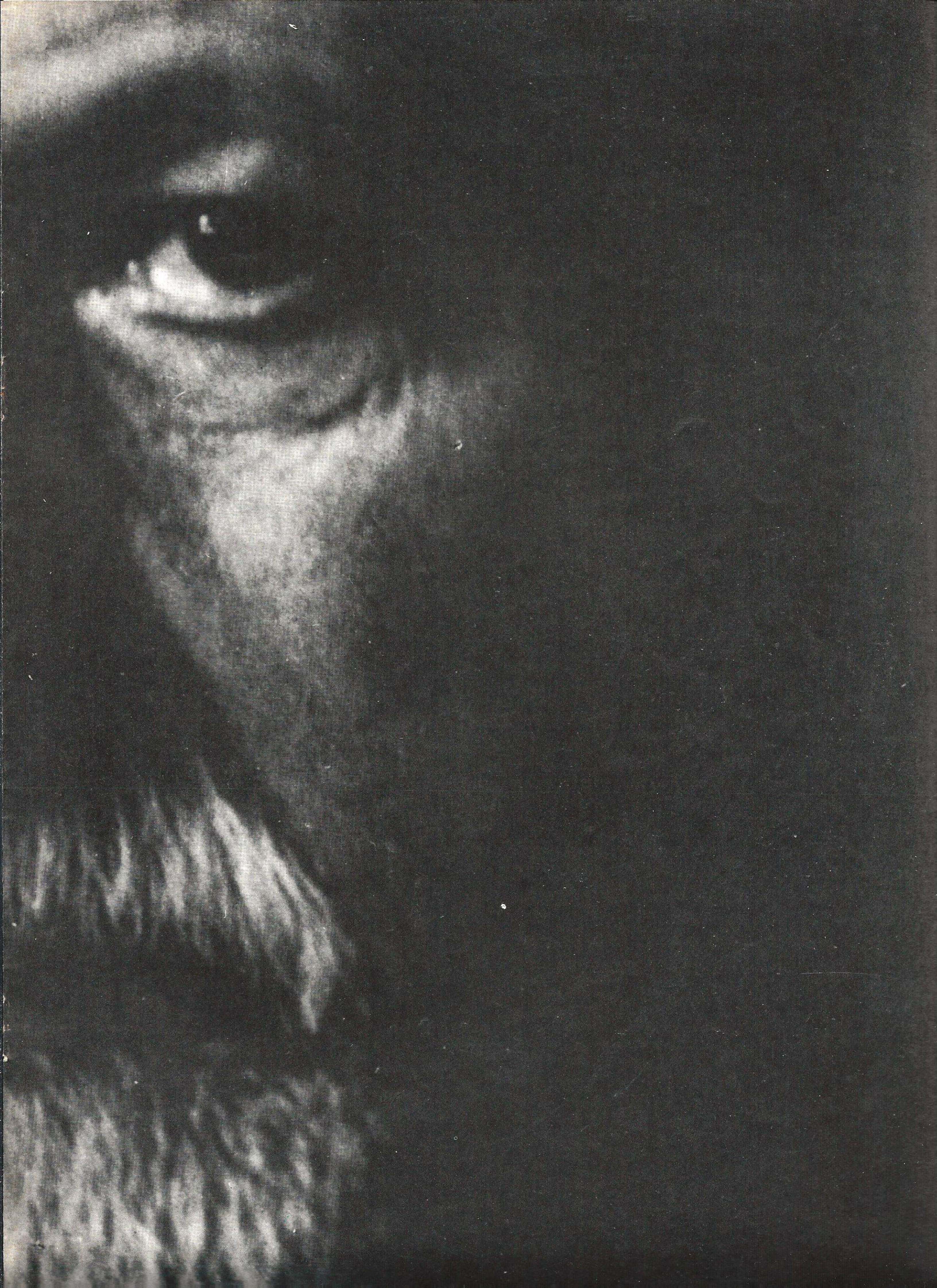
Cómo el espíritu se curará a sí mismo

Al llegar a este punto, la historia de Freud parece resolverse íntegramente en esa serie de capítulos clásicos, de corte puramente intelectual, en los cuales ha insistido siempre el mismo protagonista en sus sobrias autobiografías. En 1885, atraído por la fama internacional de la escuela neurológica de Charcot, se trasladó a París con una beca de estudios y frecuentó la Salpêtrière, donde el maestro francés efectuó una prodigiosa revaluación de la histeria, considerada hasta entonces, poco más o menos, como una consciente mistificación del individuo frente a los familiares y los médicos. En el hospital en que Pinel había sacado las cadenas a los locos, "Charcot renovaba en pequeña escala el acto de liberación rememorado por el cuadro... que colgaba de la pared", al garantizar la realidad de los fenómenos histéricos, su presencia también en el sexo masculino y al producir, mediante la sugestión hipnótica, parálisis y contracciones similares en todo a las de dicha enfermedad. *Las perturbaciones histéricas son provocadas esencialmente por mecanismos psíquicos.*

Al volver a Viena, para tratar a los neuróticos que constituyen la gran mayoría de su escasa clientela se ve obligado a utilizar las únicas dos armas del arsenal terapéutico de aquel entonces: la electroterapia y la hipnosis. Rápidamente cae en la cuenta de que la primera sólo actúa por efecto de la sugestión. La segunda tiene al menos la ventaja de liberar, en apariencia, al médico "del sentimiento de impotencia" y de halagarlo con "la fama de obtener curaciones milagrosas". Con el fin de perfeccionar su técnica hipnótica, a cuyas deficiencias atribuía sus fracasos, se trasladó en 1889 a Nancy, donde Liébault y Bernheim utilizaban en gran escala la hipnosis con propósitos terapéuticos. Le asombran en particular los experimentos de *sugestión posthipnóticas:* un individuo al que se le da durante la hipnosis una orden particular, con la sugerencia de olvidarla luego, al despertar la cumple como un acto espontáneo, sin recordar su origen. Sin embargo, si se insiste en que recuerde la orden recibida, a menudo se lo logra: se demuestra así que *no siempre conocemos las motivaciones de nuestros actos, aunque sea posible llegar a conocerlas mediante un esfuerzo particular.*

Pero la hipnosis no satisface a Freud; da resultados a veces espectaculares pero transitorios y que sólo inciden sobre el síntoma, sobre la manifestación más superficial, no sobre el "mecanismo" morboso. De allí que decida repetir el singularísimo intento terapéutico sobre el cual lo había informado un amigo suyo, el doctor Joseph Breuer, ya en 1882, aun antes de su viaje a París. Se trataba de una muchacha, Anna O., a la que Breuer había tratado durante un par de años y que presentaba un complejo cuadro histérico. Por casualidad, Breuer se dio cuenta de que al dejar expresar libremente a la muchacha las fantasías que pasaban por su mente, su estado mejoraba de manera sensible. Por ello, había decidido someterla a sesiones hipnóticas, en las cuales la invitaba a comunicar libremente lo que en ese momento la oprimía. De este modo, surgía un vínculo muy claro entre los síntomas, en apariencia incomprensibles, y una viva impresión dejada por un hecho pasado y que no recordaba en estado de vigilia. El hecho de *revivir* durante la hipnosis esa impresión, a través de la emergencia del incidente olvidado, bastaba para hacer desaparecer el síntoma mismo; de aquí el nombre de método *catártico*, dado por Breuer al curioso procedimiento terapéutico, o el de *talking cure* (cura por la conversación), o "limpieza de la chimenea", que le dio la enferma. Freud comenzó entonces a usar la hipnosis sólo como medio para revivir las impresiones, ignoradas por el paciente en estado de vigilia, que parecen ser el origen de sus síntomas. Después de reunir muchas observaciones personales, convenció al renuente Breuer de publicar juntos, en 1893, una comunicación preliminar titulada *Sobre el mecanismo psíquico de*







1

Bailarina, fragmento de bajorrelieve del Museo del Vaticano. Es la figura de "una mujer todavía joven, pero que ya no es niña" de la cual parte un relato de W. Jensen titulado *Gradiva* (la que avanza). Jung llamó la atención de Freud sobre el relato en 1906, porque le parecía que presentaba particular interés desde el punto de vista psicoanalítico. Freud escribió un trabajo, publicado en 1907, sobre el mismo, titulado *El delirio y los sueños en la "Gradiva" de W. Jensen,* que es el primer ejemplo de aplicación del psicoanálisis a una obra de arte. Siguiendo las indicaciones de Jensen, Freud descubrió el bajorrelieve en el Museo del Vaticano e hizo colgar una foto de él en su estudio, en lo cual le imitaron muchos otros psicoanalistas. Se encontrará un minucioso examen de la obrita de Freud en la edición a cargo de C. L. Musatti, Boringhieri, 1961.

los fenómenos histéricos, y dos años después, en 1895, los *Estudios sobre la histeria,* a los cuales se hace remontar oficialmente el nacimiento del psicoanálisis.
Pero mientras tanto, Freud fue más allá que Breuer. Pese a muchos enfermos, no se logra el estado de hipnosis sobre el que parece fundarse el recuerdo catártico, o sólo se lo logra de modo insuficiente; además, lo acompaña una relación personal muy intensa con el médico, relación que no es posible controlar. Decide por ello renunciar a él y limitarse a una técnica de *concentración:* se invita al paciente, extendido sobre un diván y con los ojos cerrados, a comunicar lo que recuerda con relación al síntoma que se quiere eliminar. Si no aflora ningún recuerdo, el médico apoya su mano sobre la frente del enfermo y le sugiere que ahora le vendrá a la mente una idea, justamente aquella que se busca. De este modo, Freud aprovecha las experiencias de Bernheim de las que hemos hablado; *el enfermo conoce el origen de su mal, sin saber que lo conoce; se trata de llevarlo a la conciencia, de obligarlo a revelarse.* Sin embargo, este resultado se obtendrá de modo paradójico renunciando poco a poco, no sólo a la hipnosis, sino también a toda forma de solicitación, de sugerencia y hasta de concentración. "En lugar de obligar al paciente a expresar cualquier dato que tenga relación con un tema determinado, lo invitamos a abandonarse a la 'asociación libre'; esto es, a manifestar todo lo que pasa por su pensamiento cuando renuncia a guiarlo intencionalmente. El paciente debe tratar de comunicar verdaderamente todo lo que le ofrece la autopercepción, sin ceder a objeciones críticas que tiendan a refrenar alguna asociación, sea porque carezca de importancia para el tema tratado, o de conexión con él; sea porque esté desprovisto de todo sentido."
Ese fue el "vuelo a gran altura" de Freud, que hizo decir a Breuer que lo contemplaba "como la gallina al halcón". En adelante, la neurosis hablará en primera persona y para comprenderla el médico deberá simplemente tratar de *recoger cada palabra, pues cada palabra es significativa.*
No nos interesa buscar aquí las innumerables raíces histórico-culturales de esta 'novedad fundamental, por lo demás, ya señaladas muchas veces. Cada una de ellas debe pasar por un centro, la persona de Freud, cuyo lento cambio se profundiza en esos años. Tanto es así que no se puede ubicar en una fecha precisa su "innovación técnica", el método de la "asociación libre". A primera vista, y superficialmente, este método es el triunfo del causalismo mecanicista que constituía el juramento de la escuela de Helmholtz: todo se halla rígidamente producido por causas bien determinadas. Pero más profundamente, si recorremos el lento camino que va de la sujeción hipnótica a la sugestión en estado de vigilia, a la concentración activa, vemos emerger el *objeto* del tratamiento, la *neurosis* del catálogo naturalista, como *sujeto* humano, que tiene en sí mismo su significado; y paralelamente, Freud renuncia a todo medio de intervención directa aparentemente decisiva, se hace casi pasivo y lejano, interrogador paciente de una naturaleza "que habla siempre con nosotros", como se afirma en el fragmento goethiano de su adolescencia.

Resistencia, inconsciente, sexo

Pero al mismo tiempo se trata de una naturaleza —es necesario afirmarlo enérgicamente contra toda visión estática— que "no nos revela su secreto" sino mediante una dura fatiga, un *trabajo* continuo. Colocado frente a un vacío que sólo recorre la mirada del analista, el sujeto infringe de inmediato la regla aceptada de decirlo todo: de modos infinitos, se sustrae, hace objeciones, calla o habla para no hablar; en una palabra, *resiste,* se niega a expresar aspectos penosos o vergonzosos de su vida. Por consiguiente, hay alguien o algo que, contradictoriamente, *se defiende* contra la emergencia a plena luz de una parte rechazada, que la mantiene oculta para la conciencia clara, un "mecanismo defensivo" que se manifiesta mediante la resistencia. De aquí la conclusión de Freud: esa "fuerza" que ahora se opone, al actuar como resistencia, al flujo de las asociaciones, y en última instancia al cambio del estado morboso, debe ser la misma que lo ha engendrado.
En el origen de la neurosis hay, pues, una lucha, un conflicto entre elementos antagónicos; la parte perdedora es alejada de la conciencia pero presiona continuamente para retornar a ella; a veces, cuando se produce una ruptura del equilibrio, retorna el elemento alejado; pero, como la barrera que se le opone no cede del todo, se expresa mediante formaciones de compromiso, los síntomas, que satisfacen en forma precaria a las dos partes en lucha.
Estamos frente al nexo fundamental de la intuición freudiana, sobre el cual se elevará luego la inmensa construcción en su totalidad. Y es esencial observar cómo llega a la luz, con todas sus implicaciones, y encuentra su fundamento de verdad científica —esto es, en primer lugar, la posibilidad de repetición y de control— en la situación experimental concebida por Freud para el tratamiento de los neuróticos.
Así aparece el *inconsciente.* Este ya no puede definirse como el lugar místico o el receptáculo de una voluntad o sapiencia profunda, como noche del alma universal, cosa que hacen los pensadores con los que Freud ha sido comparado a menudo: Schopenhauer, Carus, von Hartmann. En cambio, se constituye esencialmente en relación con un *rechazo,* como lo que el individuo niega a la propia vida y a la propia conciencia y que, al ser negado, continúa subsistiendo y refirmándose; en fin, como lo que puede revelarse sólo mediante un paciente trabajo que supere el rechazo primitivo. Aquello que se rechaza, que se aleja de la conciencia, constituye un dato de naturaleza experimental, por así decir, ligado a la historia del hombre enfermo (y, como tal, a la historia de todos los otros hombres). Sin embargo, es cierto que la variabilidad históricosocial es al mismo tiempo viscosidad, constancia relativa; por ello, podemos todavía hoy encontrar en nosotros el "estupor" con el cual Freud vio emerger lentamente, del otro lado de la barrera de la conciencia, al ser mutilado, menospreciado, que nos vemos obligados a llamar *cuerpo,* con sus necesidades, sus deseos y sus ramificadas fantasías. A este conjunto de relaciones, que reveló ser extraordinariamente complicado, le dio el nombre de *sexualidad,* desencadenando así un escándalo histórico, que fue de inmediato, tan grande y necesario como a la larga, fuente de equívocos y limitaciones. En realidad, Freud, no es un sexólogo a la manera de Havelock Ellis o de Krafft-Ebing, estimados contemporáneos suyos, o a la manera de Kinsey, para dar un ejemplo más cercano a nosotros. El deseo sexual en sentido estricto, con el que choca primero su investigación y que se ve obligado a nombrar, es el punto de confluencia final de una serie de elementos disgregados, casi como manantiales surgentes del organismo humano en vías de desarrollo, cuya tendencia al placer expresan. En este sentido es justo decir que Freud "quitó su carácter sagrado" a la inocencia infantil, según la débil acusación de la hipocresía contemporánea; pero lo hizo con el fin de restituir a la sexualidad adulta, sea normal o desviada, el sentido de una expresión total de la vida particular, en la cual se reflejan lúcidamente fracasos y violencias secretas sufridas en la infancia. Llegar a esto no fue fácil —y no por el ostracismo violento al tiempo que superficial de que fue víctima Freud. Era la noción misma de sexualidad la que exigía ser modificada.
El método catártico, como hemos visto, parecía presuponer el hallazgo de un *hecho traumático* específico, un episodio que resultaba insoportable para la personalidad consciente del enfermo y, por tanto, alejado de la conciencia, eliminado. La exigencia de un episodio de este género —en el que se condensa la fetichización positivista del *dato,* y que surge de la enseñanza de Charcot sobre



Francisco Goya, *Saturno devora a su hijo*. Fue pintado sobre una pared de la *Quinta del Sordo*, la casa de campo en la que el artista vivió, aislado y prácticamente desterrado, los últimos años de su vida.
En esta versión de pesadilla Goya logró expresar de modo insuperable las angustias de devoración y de incorporación que el examen psicoanalítico encuentra en algunas formas de enfermedad psíquica y en el primer desarrollo infantil. Como en los terribles grabados de *Los desastres de la Guerra*, un poco anteriores a esta obra, también aquí el artista buscaba una liberación de las "cosas que no se pueden ver", mediante una exteriorización, dándoles forma. Al parecer, Goya efectuó sus comidas durante años frente a esta pintura.

la llamada histeria traumática— se mantiene en Freud aun después de haber desarrollado por completo el método de la asociación libre. Puesto que las defensas principales del neurótico se refieren al ámbito sexual propiamente dicho, será necesario tratar de llegar al *trauma sexual* que parece ser el origen de sus perturbaciones; la naturaleza de este episodio, junto con el modo de actuar del sujeto, determinan probablemente el tipo de neurosis desarrollado. Se trata de la tesis de la seducción sexual del niño por parte de un adulto (por lo general, una persona de su familia), que Freud generaliza erróneamente, sobre la base de algunas observaciones de enfermos, y que sostiene desde 1893 a 1897 aproximadamente. La sexualidad siempre es un asunto sucio de los adultos, y Freud se ruboriza de él "casi como los pacientes en general", cuando se ven obligados a afrontar ciertos temas.

El autoanálisis

El giro decisivo se produjo en el momento en que este neurólogo de casi cuarenta años, precozmente canoso, padre de seis hijos, comenzó a explorarse a sí mismo con ayuda de su nuevo método. Formalmente, parecería tratarse de un movimiento, clásico en la historia de la cultura, en el cual la verdad perdida se busca a sí misma y se encuentra en el *interior* del hombre. Sin embargo, de inmediato llama la atención una diferencia de fondo. La investigación freudiana es antiaristocrática, despojada de todo privilegio u orgullosa superioridad. Trata de convertirse en simple auscultador de sí mismo, dejando aflorar, como en sus neuróticos, la parte despreciada, rechazada. "Estoy experimentando en mí mismo todas las cosas que, como testigo, he visto desarrollarse en mis pacientes: hay días en que renuncio, desanimado, porque no he comprendido nada de mis sueños, mis fantasías o mis estados de ánimo, y otros días en los cuales se hace una luz que da coherencia al cuadro, y lo que sucedió antes se revela como una preparación del presente." Y dice en otra parte: "Así, se encuentran hasta las primeras raíces de algunos tristes secretos de la vida, y así podemos explicarnos los humildes orígenes de ciertos orgullos y privilegios". Literalmente, Freud se convierte en el *paciente* de sí mismo, con una lucidez que parecerá más tarde, y no sin razón, casi inhumana ("el enfermo que hoy más me preocupa soy yo mismo").
De este modo, se establece un intercambio continuo entre lo que aprende de sus enfermos y lo que extrae de sí mismo. Si en una ocasión escribió: "para mí es siempre un misterio cuando no logro comprender a alguien en términos de mí mismo", ahora puede completar este pensamiento así: "sólo puedo analizarme a mí mismo con el conocimiento adquirido objetivamente (como si fuese un extraño)..."
Y puesto que los neuróticos se debaten a menudo, en el curso del análisis, con alguno de sus sueños, y éstos se revelan en relación directa con sus problemas, esto es, implican un significado de *deseo*, aunque sea deformado y enmascarado, Freud anota sus sueños y se esfuerza por entender, mediante su método, las reglas de interpretación de los mismos. Es un momento de indecible "belleza intelectual". Por primera vez la razón explora lo que en apariencia se le ha opuesto siempre como la anti-razón: ese caótico mundo de la noche, poblado de "ángeles y servidores espirituales" según Paracelso, al que sin embargo siempre sentimos, según palabras de Novalis, como nuestra "patria" más secreta.
Y en verdad los ángeles —y los monstruos— que pueblan esta noche poco a poco se van revelando como seres familiares. Surgen reproches vagos; alguien o algo acusa a Freud de no cuidar a sus enfermos, de desinteresarse de sus colegas y de sus familiares, mientras él se defiende e inventa justificaciones. Paradójicamente, el deseo más intenso que encuentra dentro de sí, bajo la corteza cerrada de los sueños, es el de liberarse de una culpa todavía desconocida. Pero la interpretación está *rodeada por enormes y obstinadas esfinges* y parece querer provocar la parálisis de toda otra capacidad. La muerte de su padre, Jakob, ocurrida en octubre de 1896, transformó esta aventura intelectual en algo que afectará a Freud hasta el fondo. Esta muerte no parece en un principio despertar en él un eco de alivio. Se trata de un viejo de 81 años, enfermo desde hace tiempo; en sus cartas, Freud enumera con precisión científica y aparente indiferencia las causas que lo han llevado a la tumba. Pero, casi repentinamente, el cuadro cambia. "Por una de esas oscuras vías ocultas detrás de la conciencia oficial, la muerte del viejo me ha afectado profundamente... Cuando murió, era desde hacía mucho tiempo un sobreviviente, pero en lo íntimo se despertó todo el pasado en tal ocasión." La noche siguiente al funeral, Freud tuvo un sueño breve que se resume en la visión de un extraño cartel: *Se ruega cerrar los ojos*. Cerrar los ojos al padre muerto es un deber filial que Freud ha cumplido; pero llegó tarde al funeral y su familia está irritada con él porque quiso que todo se hiciese de modo "simple y silencioso". El sueño pues, es también un pedido de indulgencia: cerrad los ojos sobre *mi* culpa. Esta se perfila, entonces, como *culpa hacia el padre*, de quien los colegas, amigos y familiares que aparecen en los sueños anteriores no son sino copias más

o menos lejanas, figuras sustitutivas. Al mismo tiempo, entre las mallas de los pensamientos que se anudan alrededor del trágico doble sentido del sueño parece flotar un resentimiento, una oculta hostilidad, que ha logrado expresarse en las negligencias agudamente advertidas por los familiares (llegó tarde al funeral, que fue muy frío).

En los meses siguientes —un período de intenso trabajo, fértil en nuevas observaciones e hipótesis— Freud prosigue a través de la pantalla de los sueños este diálogo con el muerto, en el cual es al mismo tiempo acusado y acusador. Se agudiza una situación de antagonismo afectivo: a una ternura y una nostalgia punzantes, que sorprenden al mismo soñador, se vinculan inevitablemente, como por un contrapeso necesario, acusaciones cada vez más violentas y explícitas. En un sueño, llega a acusar al viejo Jakob de lo que para Freud había sido siempre, en apariencia, un motivo de orgullo manifiesto: lo acusa de ser *judío* y de haber engendrado a un *judío*, a quien se le negará siempre —por ese motivo— la posibilidad de ser profesor universitario, en un ambiente antisemita como el vienés. Más aún: la teoría de la seducción sexual del niño por parte de un adulto, teoría que, como hemos visto, en esos años constituyó el centro de su interpretación de las neurosis, roza por un momento la venerable figura de Jakob.

En abril de 1897, una histérica le relata extensamente lo que su padre, hombre "admirable y de buenas costumbres en otros aspectos", hizo con ella cuando era niña. Freud comenta lacónicamente: *Quod erat demonstrandum* (como se quería demostrar). En mayo tiene un sueño en el que parece transparentarse un deseo erótico *suyo* hacia su hija Matilde: he aquí, pues, la confirmación suprema de su teoría, que señala al padre como responsable de la neurosis de los hijos. Yo, Sigmund, soy culpable frente a mi hija, como tú, Jakob, eres culpable frente a mí. Llegamos así al verano de 1897; Freud se encuentra perdido ante el muerto y ante sí mismo, incapaz de hallar la clave de la relación entre ambos. Sufre "una especie de experiencia neurótica, con extraños estados de ánimo incomprensibles: pensamientos nebulosos y dudas veladas, con algún rayo de luz de tanto en tanto...". "Nunca he sufrido una crisis intelectual similar a la presente. Cada línea que escribo es una tortura." La situación parece estancada en el gesto de un niño que acusa a su padre de haberlo corrompido. La solución apareció tras meses y meses de angustiantes vacilaciones, y repetirá una vez más el sesgo más característico de la genialidad freudiana. Las acusaciones cada vez más acerbas dirigidas al padre recubren en realidad, y *cada vez menos*, la emergencia ya indistinta, ya tumultuosa, de imágenes y sueños en los cuales se refleja un extraordinario mundo *fantástico*, el de Freud niño y sus contradictorios deseos frente a sus padres. Y así como antes ha oído, con el temblor del testigo, las acusaciones que infamaban a su padre, así ahora sabe escuchar la historia sepultada, inquietante, de sí mismo cuando era niño. En el origen de la neurosis no se encuentra el deseo del padre, sino el niño como *ser con deseos*. No hay una historia de seducción por un adulto, sino los intentos vacilantes de acercarse al adulto, ese magma confuso de odio-amor por el padre y por la madre que encuentra su primera definición aclaradora en el mito de Edipo Rey, asesino del padre y esposo de la madre. "Todo miembro del auditorio ha sido alguna vez un Edipo en germen y en fantasía, y todo el mundo se aparta con horror de esta realización de un sueño transferido a la realidad..."

Edipo y su padre

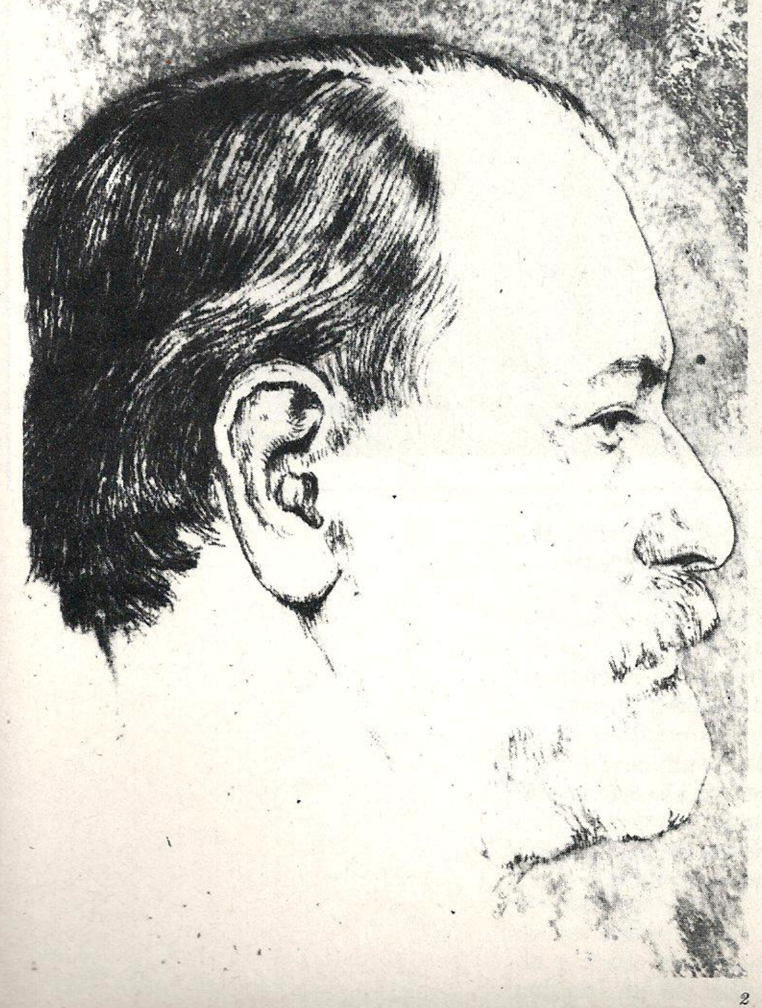
Como en los fragmentos de un espejo roto, se recompone así, a través de los sueños y los recuerdos, el verdadero rostro del pequeño Sigi y de sus padres. Esa extraordinaria castidad o frigidez sexual que, de adulto, asombrará a sus amigos y enemigos, se rompe justamente en su origen y deja entrever la voraz curiosidad infantil —la misma que encuentra en sus pacientes además— sobre la cual se ha edificado. En medio de la oscuridad de su primera infancia aparece por un momento la desnudez de su madre, Amalie, que tenía poco más de veinte años y era la esposa de un hombre que la duplicaba en edad. Y este hombre cambia de rostro: ya no es el pequeño comerciante galiziano 'sin fortuna', siempre al borde de la quiebra, tan rico en salidas ingeniosas como incapaz de satisfacer de manera estable las necesidades de su familia, el hombre que en su adolescencia le recordará amargamente la imagen del dickensiano señor Micawber, ese "charlatán" siempre "penetrado de dolor y mortificación" frente a sus acreedores, pero que "a la media hora... se lustraba los zapatos con grandísimo cuidado y se iba canturreando alguna canción con mayor aire de distinción que nunca". No es siquiera el hombre —¡tan parecido a Garibaldi!— que contó a su hijo de diez años cómo una vez, en Freiberg, un cristiano lo había abofeteado ordenándole descender de la acera y arrojándole el gorro al fango. "¿Y tú qué hiciste?" "Recogí mi gorro del suelo" (Sigmund se promete a sí mismo que *nunca* recogerá su gorro.) Más atrás aún, en el círculo compacto del mundo-familia, la figura de su padre se vuelve curiosamente contradictoria. Por un lado, ordena y guía: es pues, el usurpador de Edi-

1. En Worcester, Massachusetts, en septiembre de 1909. Fotografía tomada en recuerdo del viaje a América. De izquierda a derecha, desde arriba: A. A. Brill, E. Jones, S. Ferenczi, S. Freud, S. Hall, C. G. Jung, Col. Ernst Freud.

2. Retrato de Sigmund Freud, de H. Struck. Bildarchiv d. Öst. Nationalbibliothek (Arborio Mella).

3. La portada de "Imago", revista fundada en 1912 "para la aplicación del psicoanálisis a las ciencias del espíritu".

1



2

JMAGO

ZEITSCHRIFT FÜR ANWENDUNG DER PSYCHOANALYSE AUF DIE GEISTESWISSENSCHAFTEN

HERAUSGEGEBEN VON
PROF. DR. SIGM. FREUD
REDIGIERT VON
OTTO RANK u. DR. HANNS SACHS

I. BAND



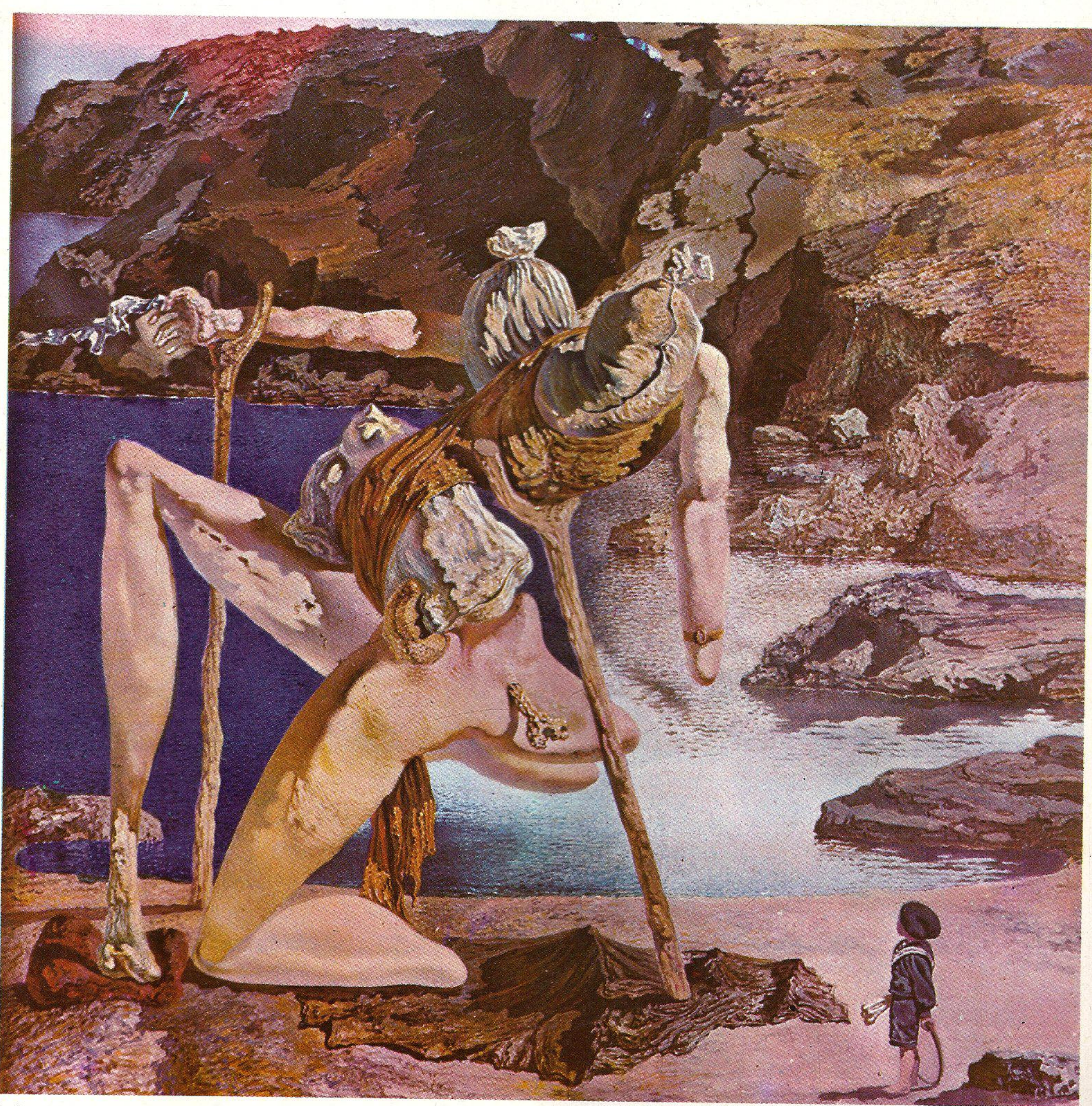
1912
HUGO HELLER & CIE
LEIPZIG u. WIEN · I · BAUERNMARKT 3

3



1

Estela funeraria egipcia. Tomada de E. Scamuzzi, *Il Museo Egizio di Torino*, Fratelli Pozzo, Ediz. d'Arte, con la amable autorización del editor.
La joven difunta se vuelve en acto de veneración a una divinidad con cabeza de gavilán, "señor de los dos territorios y de Heliópolis".
La imagen aquí reproducida (del Museo Egipcio de Turín) se asemeja mucho a algunas ilustraciones de la famosa *Biblia* de Philippson, una versión del *Viejo Testamento* que Freud leyó ávidamente cuando era niño.
En una pesadilla que tuvo por aquel entonces, y que analizó treinta años después, vio a *su madre muerta al lado de algunas personas con pico de pájaro.* El motivo del pic o de la cabeza de pájaro, y de sus equivalencias simbólicas, reaparece más tarde en la interpretación de *Un recuerdo de infancia de Leonar de Vinci* (1910) y, en general, en las investigaciones sobre el totemismo (*Tótem y tabú,* 1913). También puede hacerse remontar a esa lejana lectura infantil el interés por la arqueología, por la figura de José como intérprete de los sueños del Faraón y por la de Moisés.



Salvador Dalí, *El espectro de la libido* (col. Gala Dalí). Robert Descharnes. "Al pintar este cuadro, me propuse hallar un sinónimo de la iconografía freudiana. Estoy representado allí a los seis años, con un sexo fósil en la mano. Observo el cataclismo biológico y viscoso del eterno femenino alucinante e hiperterrificante" (cit. por R. Descharnes en *Dalí de Gala*, ed. Edita). Con los propósitos hiperterrificantes se relaciona ese tipo de pintura que fue definido como "naturalismo surrealista", en el cual el descubrimiento freudiano tiende a reducirse a iconografía, a simple pretexto cultural.

1



2



3

PROF. Dr FREUD

7. 8. 1.

WIEN, IX. BERGGASSE 19

Cher Monsieur

N'ayant que très peu de temps libre dans ces jours, Je vous prie de venir me voir Lundi (demain) à 3h d'après-midi dans ma consultation.

Votre très [illegible]

Freud

22. 23. Visita a Sigmund Freud, Vienna 1°

4

po. Pero en otro aspecto, parece lejano, ausente; una figura patriarcal y en conjunto puramente decorativa. Más viva y más intensa aparece en el recuerdo de Freud la figura de Emanuel, hijo del primer matrimonio de Jakob, que tiene casi la misma edad que Amalie, su madre, y un hijo, John, más joven que Sigmund y del cual, sin embargo, es también tío. Edipo, por ende, no sabe bien quién es su padre ni quién el usurpador: paradójicamente, Freud realiza el mito más a fondo que cualquier otro hombre; antes de matar a su padre, *va en su búsqueda*.

Es necesario decir que Freud calló, antes de llegar a esta conclusión y, por lo tanto, toda reconstrucción se torna hipotética. Pero parece indudable que éste es uno de los atisbos secretos de comprensión que le permitieron finalmente desatar, además de la relación con su padre y al mismo tiempo que ésta, también el vínculo de extraordinaria intensidad establecido periódicamente con una figura no sólo amiga, sino inspiradora y salvadora: en primer lugar, Joseph Breuer, descubridor del método catártico, pero sobre todo Wilhelm Fliess, médico berlinés que en el período crítico del autoanálisis desempeñó un papel esencial, como testigo primero y como parte interesada luego. En una carta de julio de 1897, Freud le escribe: "Algo que proviene de los más profundos abismos de mi propia neurosis me ha impedido la ulterior comprensión de las neurosis, y no sé por qué tú has estado implicado en ello de algún modo." Pero irá bastante más lejos de este *no sé por qué*; una vez más, descubrirá en sí mismo lo que también se le reveló oscuramente en el tratamiento de sus enfermos."No es la minuciosa búsqueda y ubicación temporal del pasado la que nos da por sí la clave de éste y permite superar sus puntos muertos, persistentes en la actualidad, sino el trabajo conjunto, casi a ciegas, el diálogo en un comienzo difuso y luego cada vez más claro y cercano que surge entre el enfermo y su médico y en el cual confluyen y se reconocen todas las voces del pasado. Creo que debo buscar en el subsuelo mi museo arqueológico privado, y poco a poco me doy cuenta de que se abre a plena luz en mi presente y en el de mi testimonio."

Moisés es un egipcio

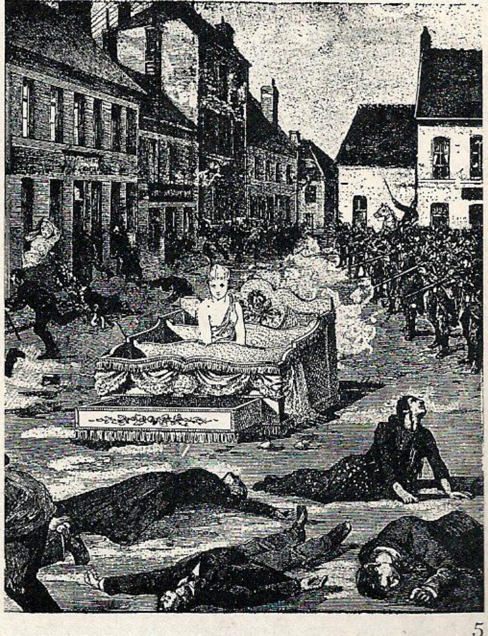
Freud puede decir ahora de sí mismo, como Montaigne en sus *Ensayos*, lo que pocos hombres pueden decir con todo derecho: que no ha hecho su libro más de lo que su libro lo ha hecho a él mismo. *La interpretación de los sueños*, que aparece a fines de 1899, es el texto fundamental de la nueva ciencia psicológica y, hasta osaríamos decir, de la nueva razón; al mismo tiempo, y sin antagonismo, nace "como parte de mi autoanálisis, como reacción ante la muerte de mi padre, vale decir, ante el suceso más importante y la pérdida más sensible en la vida de un hombre". A semejanza de la *Psicopatología de la vida cotidiana*, algo posterior, se trata verdaderamente de un libro "consustancial con su autor", irrepetible; si bien el psicoanálisis, como ciencia establecida y como movimiento de la cultura, aún está por hacerse en su totalidad, no es menos cierto que Freud ya no tendrá, como escribe en el tercer capítulo de la *Interpretación*, la conciencia liberadora de "haber pasado por una garganta", de haber "llegado a una altura donde los caminos se dividen" y de hallarse "bajo la luz de un conocimiento repentino". Termina una especie de prolongada infancia, de perplejidad frente a sí mismo. Pero *nunca* se hacen las cuentas; bajo este aspecto, también el análisis que Freud realiza de sí mismo es verdaderamente *unendlich*, interminable. Sin embargo, en adelante ya no encontraremos sino raramente la expresión directa del mismo en sus escritos; deberemos leer en ellos entre líneas, como si, paradójicamente, la verdad se hubiera ocultado de nuevo, como si hubiera asumido otra vez los caminos de la alusión y el enmascaramiento. Solamente las perplejidades y las vacilaciones nos indicarán sus rastros dispersos. Así, en las oscilaciones de entusiasmo y desconfianza que encontramos a todo lo largo de *Tótem y tabú* (de 1913) volvemos a oír el eco, si no la repetición, de las dificultades halladas en el curso de la labor de los años 1896-1897. Lo mismo sucede con los controles obsesivos que exigen las hipótesis enunciadas en el ensayo *El Moisés de Miguel Angel* (de 1914), y finalmente, con los arrepentimientos, justificaciones y replanteos que se suceden a lo largo de todo el *Moisés y el monoteísmo*, aparecido en 1939 en Amsterdam, pocos meses antes de su muerte. A decenios de distancia, no nos resulta difícil aprehender la raíz personal de esa inhibición nunca resuelta. En *Tótem y tabú*, la revelación angustiante de la tragedia de Edipo, que Freud ha vivido en carne propia, simplemente es trasladada a los orígenes del hombre y se convierte en el drama primigenio del asesinato del padre de la horda, que cada uno de los hijos asesinos convierte luego en un modelo amado y temido. "Después de haberlo eliminado, después de haber aplacado su odio y satisfecho su deseo de identificarse con él, debieron dar desahogo a los impulsos afectuosos que habían sido reprimidos. Y éstos adquieren la forma del arrepentimiento..." En el minucioso análisis del ensayo dedicado a la obra de Miguel Angel, la insistencia que pone en la interpretación de la postura de la estatua y la característica incertidumbre sobre su

1. El cine surrealista y el psicoanálisis. Una escena de la película El perro andaluz, *de Luis Buñuel. Londres, National Film Archive* (Snark).

2, 3. Robert Desnos, en estado de hipnosis, durante el período de experimentos surrealistas, llamado "de los sueños" (1922). En el movimiento surrealista hallamos el más decidido intento de ampliar el objetivo del psicoanálisis, utilizando sobre todo el sueño y el método de la asociación libre para la creación artística y literaria. En el curso de sus vicisitudes, el surrealismo —que experimentó toda una gama de técnicas para la liberación del "dictado mágico", inclusive el sueño hipnótico— apeló constantemente a Freud, quien, sin embargo, según Breton, nunca comprendió su significado.

4. Autógrafo de Freud, en una carta a Breton.

5. Max Ernst, La mujer de cien cabezas, *1929.*



5

posible significado revelan una dificultad permanente para penetrar hasta el fondo en el papel de padre, después de haber sido durante tanto tiempo un hijo en lucha con su padre. Al fin, el último libro, ese "adiós nada desdeñable" que el "viejo judío" dirigió a sus contemporáneos en el momento en que comenzaba la gran matanza, aclara hasta en el propósito inicial —"quitar a un pueblo el hombre que venera como al más grande de sus hijos"— el conflicto de ambivalencia sobre el *ser judío* que existía en el hijo de Jakob. Es casi trivial decir que mientras se preparaba el exterminio de su pueblo, Freud soñaba, impotente, con ponerse a su cabeza como el antiguo conductor y llevarlo al "país bueno y grande". En esto se asemeja a los jóvenes judíos que pocos años después, en Varsovia y en Treblinka, sabrían morir combatiendo, en un rechazo de la secular resignación de sus padres. Su identificación con Moisés nace también de un rechazo: el de recoger el gorro que un cristiano hizo caer de la cabeza de su padre muchos años antes, así como la vocación de Moisés nació de una rebelión contra una secular esclavitud. (*"Un día, cuando Moisés era ya grande, salió a ver a sus hermanos: y observó la aflicción en que estaban, y a un egipcio que maltrataba a uno de los hebreos sus hermanos. Y... mató al egipcio y lo escondió en la arena."*) Pero este rechazo de la actitud paterna —para poderlo salvar— parece implicar de algún modo el paso a la actitud del perseguidor, un *hacerse egipcio*, que Freud tiene la suprema honestidad de confesar, aunque sea a través de la trama de la vacilante exposición histórica y religiosa que desarrolló.

El mito y la civilización

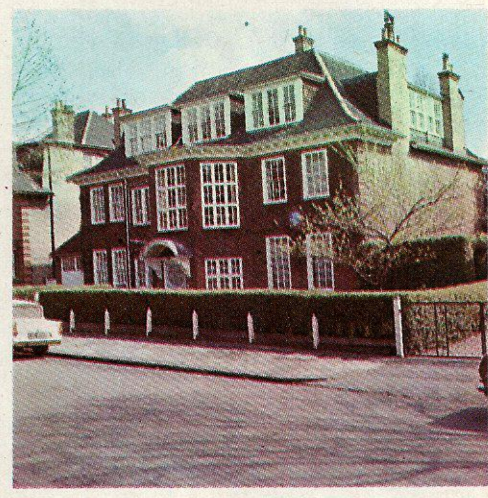
Debemos preguntarnos ahora qué impulsó a Freud en los últimos decenios de su vida a realizar esa transcripción mítico-simbólica de sí mismo y de su conocimiento. Al parecer, se vio obligado a apelar cada vez con mayor frecuencia a la evocación, a una imagen que sugiera indirectamente. Y en su manera de proceder advertimos alguna torpeza, algo incierto y, en conjunto, una alusión a una verdad que supera a la persona de Freud, aunque incluyéndola.

Su relación con el ámbito de la cultura se ha vuelto cada vez más complicada. En su trabajo cotidiano siempre ha hecho y hace cultura, justamente mediante lo que la cultura tradicional considera como *desechos*, como rechazos abandonados a la enfermedad o a lo irracional. Al mismo tiempo, e inversamente, su apelación continua a la opacidad de la infancia, a ese destino de vacilaciones y extravíos que pesa sobre el individuo, introduce en la cultura un momento crítico, una sospecha original, por así decir, de la cual ya no podrá liberarse jamás. De aquí nace también ese afamado movimiento de "reducción" de lo sublime a lo común, de la ilusión a su raíz de impotencia, que en su rusticidad inmediata mantiene siempre, sin embargo, el significado de una reserva irónica preliminar frente a todo valor abstracto. Freud era perfectamente consciente de este sentido constantemente depreciativo, que quita a las cosas su carácter sublime, propio de su labor. En una respuesta de 1936 a L. Binswanger, que le había enviado una copia de un discurso suyo pronunciado en la *Akademischer Verein für Medizinische Psychologie*, hallamos escrito lo siguiente: "Leyéndolo aprecio su bello estilo, su erudición y su tacto al contradecirme. Usted sabe que se puede soportar una cantidad enorme de elogios. Naturalmente, todavía no le creo. Yo me he limitado a la planta baja y a los cimientos del edificio. Usted afirma que, cuando se modifica el propio punto de vista, se llegan a ver también los planos superiores, en los cuales residen huéspedes respetables, como el arte, la religión, etc. En esto, usted no es el único. Muchos tipos cultivados de la especie 'hombre' piensan del mismo modo. En este caso específico, usted es el conservador y yo el revolucionario". Justamente aquí, es esencial la ironía, el desapego de quien mira desde *abajo*, desde los cimientos del edificio. Y aquí encontramos también, probablemente, uno de los momentos de afinidad profunda con la crítica de la conciencia burguesa elaborada por Marx unos cincuenta años antes, sobre la base de la revelación de otro elemento *desplazado*, el inconsciente socio-económico.

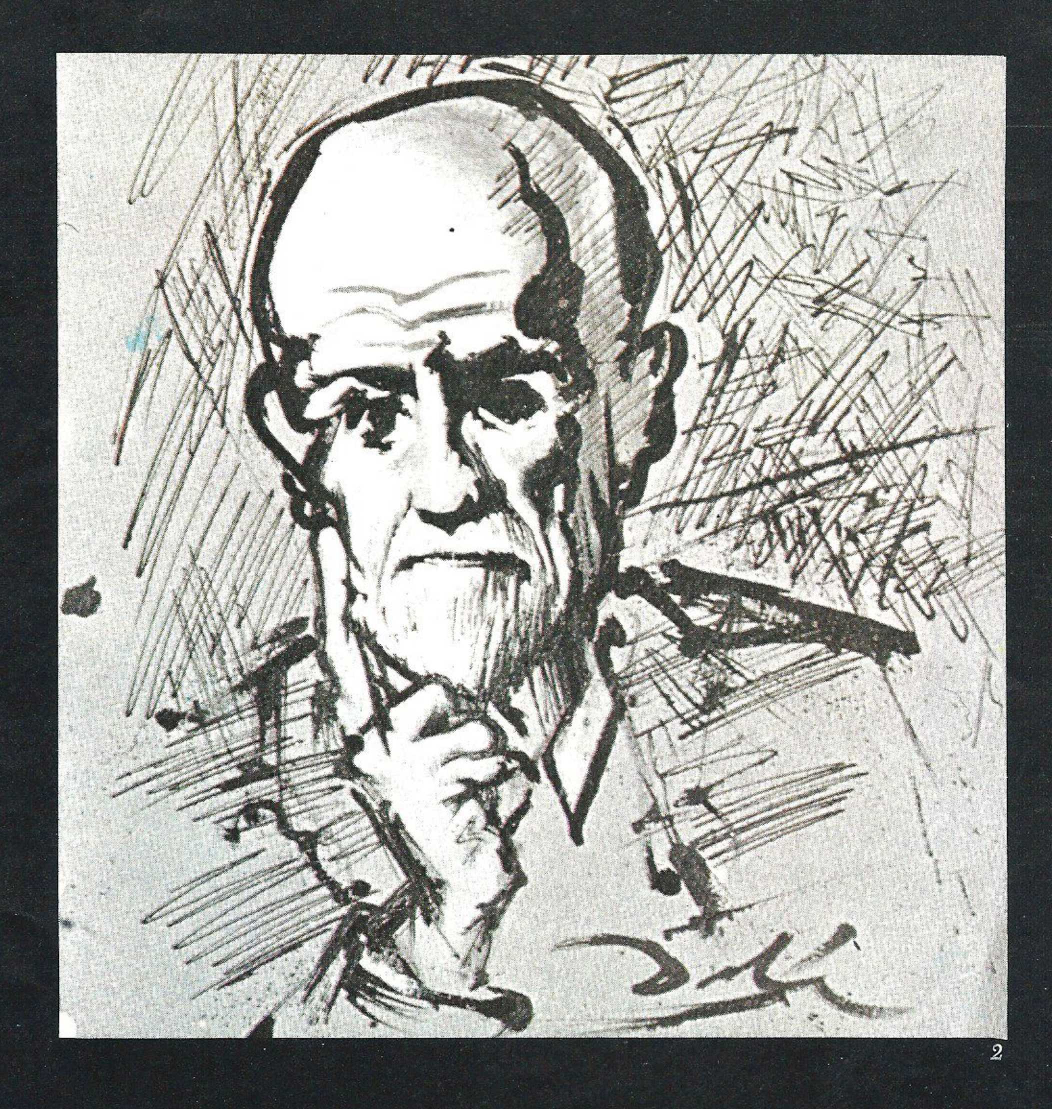
Pero en el momento en que Freud se plantea la exigencia de ubicar en un contexto general lo que ha hallado en sí mismo y en sus enfermos —y esto sucede, en el fondo, según un canon de valores absolutos todavía vigente en él— surgen vacilaciones y dificultades características. ¿Cómo se pasa de este individuo, de éste y no de otro, a la generalidad de los individuos? ¿Y cómo se origina lo que se encuentra en este individuo? La primera respuesta de Freud, la más "científica" y la que un lector superficial encuentra continuamente, se basa en una analogía en el primer caso, y en una transmisión (hereditaria) en el segundo. Los hombres *son* el hombre, el grupo es el individuo, sin inercias ni mediaciones que no sean reducibles directamente al individuo *particular*. Y lo que se encuentra en el hijo estuvo en el padre, y en el padre del padre, por la trasmisión de vestigios que están ligados de modo casi inevitable a sucesos "traumáticos". No nos interesa aquí examinar las innumerables objeciones que este modo de proceder ha provocado sucesivamente en sociólogos, etnólogos y fi-

1. La casa de Freud en Londres, en el número 20 de Maresfield Gardens (Snark).

2. Retrato de Freud, hecho por Dalí del natural, en la época de su encuentro. Robert Descharnes (Snark).

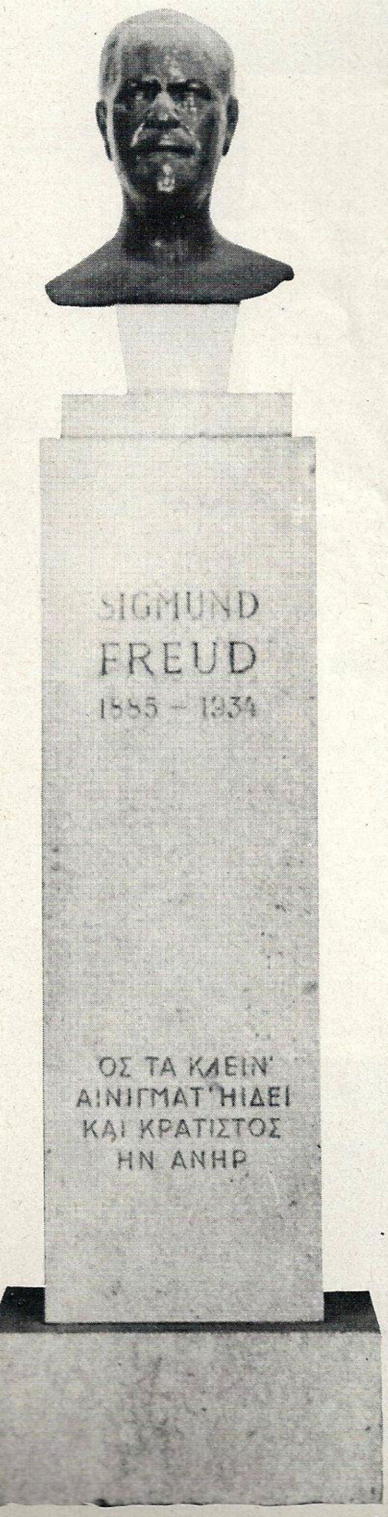


1



2

1. Busto de Freud, realizado por P. Königsberger, colocado en 1955 en el patio central de la Universidad de Viena.



1

lósofos. En cambio, es interesante destacar que el mismo está en retraso, en cierta medida, con respecto a la concepción de la neurosis que Freud estaba elaborando al mismo tiempo. La humanidad habría vivido en su infancia *sucesos* que, olvidados, aflorarían después de siglos o milenios de latencia: el modelo que Freud propone a la historia del hombre parece implicar pues, esa noción de trauma infantil que ha eliminado de su teoría de la neurosis individual después del cambio de 1897. Y por ello, la enorme carga de coerciones y prohibiciones, de hábitos sedimentados en la piedra de las instituciones, que la humanidad lleva consigo, no puede aliviarse —dada su radical heterogeneidad— mediante ese aprendizaje de la "dureza de la vida" que cada uno hace por sí mismo.

Por consiguiente, los instrumentos conceptuales que utiliza corren el riesgo de resultar parciales y engañosos, en este último desarrollo de su investigación. Y si bien no faltan en su obra fecundos hallazgos sociológicos (*Psicología de las masas y análisis del yo*, de 1921), el psicoanálisis de la cultura —su última realización, en la cual parece por fin satisfecha su "originaria ambición" filosófica— puede simplemente impresionar como una indagación obsesiva en torno a un *hecho* prehistórico que permite el eterno retorno de la historia como elemento suprimido.

Solamente la ambigüedad del *mito* permitirá expresar, antes que la ciencia y contra ella, los nuevos significados que surgen de su trabajo y a los cuales no sabe dar una definición precisa. Ante todo, se trata de la tendencia a la destrucción, al "retorno a lo orgánico", que Freud ve surgir como una nube mortífera en el corazón mismo de la civilización, en el período de las guerras totales. La revelación de esta tendencia, que parece señalar la derrota definitiva de aquella naturaleza amante propia de la lejana imagen goethiana, se produce en *Más allá del principio del placer*, de 1920, a través del redescubrimiento del mito de Eros y Tanatos en lucha continua e incierta.

Es una indicación bien tenue y frágil, puramente especulativa; como si entre tantas corazas y armaduras de hierro, nos diese para seguir un simple hilo; pero un hilo, recuerda Platón, tan dúctil como rígido es el hierro, porque es un *hilo de oro*.

Bibliografía

Obras de Sigmund Freud:

Están reunidas cronológicamente en las *Gesammelte Werke* (17 v.), Londres, Imago Publishing. La única crítica disponible hasta ahora es, sin embargo, la de lengua inglesa editada por J. Strachay (*The Standard edition of the complete psychological works of Sigmund Freud*, Londres, The Hogarth press, 24 v.) En castellano existen tres ediciones de las *Obras*: la de Madrid, Biblioteca nueva, 1948, 2 v.; la de Buenos Aires, Santiago Rueda editor, 1956, 22 v.; y las *Obras completas de Sigmund Freud*, nueva traducción directa del alemán cotejada con la edición inglesa a cargo de James Strachey (*Standard edition*), Buenos Aires, Amorrortu, 1980, 24 volúmenes.

Obras sobre Freud:

Enumeramos sólo algunas de las más importantes en castellano y en las que el lector podrá hallar indicaciones bibliográficas más extensas en distintos idiomas.

A. A. Brill, *Contribución de Freud a la psiquiatría*, Buenos Aires, LOsada, 1950. J. A. C. Brown, *Freud y los postfreudianos*, Buenos Aires, C. gral. fabril editoral. S. Cottet, *Freud y el deseo del psicoanalista*, Buenos Aires, Editorial hacia el tercer encuentro del campo freudiano, 1984. S. Dubcovsky, *La triple vida sexual de Freud y otras freudomanías*, Buenos Aires, La antorcha, 1983. E. Freud, L. Freud, I. Grubich-Simitis, *Sigmund Freud; su vida en imágenes y textos*, Barcelona-Buenos Aires,, Paidós, 1979. E. Glober, *Freud o Jung*, Buenos Aires, Nova, 1951. C. Hall, *La psicología de Freud*, Buenos Aires, Paidós, 1960. E. Jones, *Vida y obra de Sigmund Freud*, Buenos Aires, Nova, 3 v. J. Lacan, *Escritos*, 10. ed., México, Siglo XXI, 1984, 2 v. H. Marcuse, *Eros y civilización;* una investigación filosófica sobre Freud, México, J. Mortiz ed., 1965. Ph. Rieff, *Freud; la mente de un moralista*, Buenos Aires, Paidós, 1966. Th. Reich, *Treinta años con Freud*, Buenos Aires, Hormé-Paidós, 1943. M. Schur, *Sigmund Freud; enfermedad y muerte en su vida y en su obra*, Barcelona-Buenos Aires, Paidós, 1980, 2 v. *El seminario de Jacques Lacan*, Buenos Aires-Barcelona, Paidós, 1981, 21 v. O. Matta, *Lecciones de introducción al psicoanálisis*, 3 ed., Buenos Aires, Gedisa, 1982.

